

P'U SUNG-LING

El invitado tigre



La Biblioteca de Babel
colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

Lectulandia

Las historias elegidas para este libro pertenecen en su mayoría al Liao-Chai de P'u Sung-Ling. Datan del siglo XVII. De P'u Sung-Ling se sabe muy poco salvo que fue aplazado en el examen del doctorado de letras hacia 1651. A ese afortunado fracaso debemos su entera dedicación al ejercicio de la Litetatura y, por consiguiente, la redacción del libro que lo haría famoso. En la China, el Liao-Chai ocupa el lugar que en el Occidente ocupa el libro de Las Mil y Una Noches. A los relatos de P'u Sung-Ling hemos agregado dos no menos asombrosos que desesperados, que son una parte de la casi infinita novela Sueño del Aposento Rojo.

Nada hay más característico de un país que sus imaginaciones. En sus pocas páginas este libro deja entrever una de las culturas más antiguas del orbe y a la vez, uno de los más insólitos acercamientos a la ficción fantástica.

Jorge Luis Borges

Lectulandia

Songling Pu

El invitado tigre

La Biblioteca de Babel - 12

ePub r1.2

orhi 25.12.14

Títulos originales: *Examination for the post of guardian angel*
The Buddhist Priest of Ch'ang-Ch'ing
In the Infernal Regions
The Invisible Priest
The Magic Path
The Man who was thrown down a well
The Stream of Cash
A Supernatural Wife
The Tiger Guest
The Tiger of Chao-Ch'êng
The Wolf Dream
Taking Revenge
The Painted Skin
Judge Lu

Los primeros catorce cuentos han sido traducidos por Isabel Cardona de *Strange Stories from a Chinese Studio*, de Herbert Alien Giles, Londres 1880

Los dos últimos, tomados del *Sueño del aposento rojo*, fueron traducidos por Jorge Luis Borges para la *Antología de Literatura Fantástica*, Buenos Aires, 1940

Songling Pu, 1679

Traducción: Isabel Cardona & Jorge Luis Borges

Editor digital: orhi

Corrección de erratas: Astennu y rayver

Colaborador: Akhenaton

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Las Analectas del muy razonable Confucio aconsejan que debemos reverenciar a los seres espirituales, pero inmediatamente agregan que es mejor mantenerlos a distancia. Los mitos del taoísmo y del budismo han mitigado ese milenarismo dictamen; no habrá un país más supersticioso que el chino. Las vastas novelas realistas que ha producido —el Sueño del Aposento Rojo, sobre el que volveremos— abundan en prodigios, precisamente porque son realistas y lo prodigioso no se juzga imposible, ni siquiera inverosímil.

Las historias elegidas para este libro pertenecen en su mayoría al Liao-Chai de P'u Sung-Ling, cuyo apodo literario era el Último Inmortal o Fuente de los Sauces. Datan del siglo XVII. Hemos seguido la versión inglesa de Herbert Alien Giles, publicada en 1880. De P'u Sung-Ling se sabe muy poco, salvo que fue aplazado en el examen del doctorado de letras hacia 1651. A ese afortunado fracaso debemos su entera dedicación al ejercicio de la literatura y, por consiguiente, la redacción del libro que lo haría famoso. En la China, el Liao-Chai ocupa el lugar que en el Occidente ocupa el libro de Las Mil y Una Noches.

A diferencia de Edgar Allan Poe y de Hoffmann, P'u Sung-Ling no se maravilla de las maravillas que refiere. Más lícito es pensar en Swift, no sólo por lo fantástico de la fábula, sino por el tono de informe, lacónico e impersonal, y por la intención satírica. Los infiernos de P'u Sung-Ling nos recuerdan a los de Quevedo; son administrativos y opacos. Sus tribunales, sus lictores, sus jueces, sus escribientes son no menos venales y burocráticos que sus prototipos terrestres de cualquier lugar y de cualquier siglo. El lector no debe olvidar que los chinos, dado su carácter supersticioso, tienden a leer estos relatos como si leyeran hechos reales, ya que para su imaginación, el orden superior es un espejo del inferior, según la expresión de los cabalistas.

En el primer momento, el texto corre el albur de parecer ingenuo; luego sentimos el evidente humor y la sátira y la poderosa imaginación que con elementos comunes — un estudiante prepara su examen, una merienda en una colina, un imprudente que se embriaga— trama, sin esfuerzo visible, un orbe tan inestable como el agua y tan cambiante y prodigioso como las nubes. El reino de los sueños o mejor aún, el de las galerías y laberintos de la pesadilla. Los muertos vuelven a la vida, el desconocido que nos visita no tarda en ser un tigre, la niña evidentemente adorable es una piel sobre un demonio de rostro verde. Una escalera se pierde en el firmamento; otra, se hunde en un pozo, que es habitación de verdugos, de magistrados infernales y de maestros.

A los relatos de P'u Sung-Ling hemos agregado dos no menos asombrosos que desesperados, que son una parte de la casi infinita novela Sueño del Aposento Rojo. Del autor o de los autores, poco se sabe con certidumbre, ya que en la China las ficciones y el drama son un género subalterno. El Sueño del Aposento Rojo o Hung

Lou Meng es la más ilustre y quizá la más populosa de las novelas chinas. Incluye cuatrocientos veintiún personajes, ciento ochenta y nueve mujeres y doscientos treinta y dos varones, cifras que no superan las novelas de Rusia y las sagas de Islandia, que, a primera vista, pueden anonadar al lector.

Una traducción completa, que no ha sido intentada aún, exigiría tres mil páginas y un millón de palabras. Data del siglo XVIII y su autor más probable es Tsao-Hsueh-Chin. El sueño de Pao-Yu prefigura aquel capítulo de Lewis Carroll en que Alicia sueña con el Rey Rojo, que está soñándola, salvo que el episodio del Rey Rojo es una fantasía metafísica, y el de Pao-Yu está cargado de tristeza, de desamparo y de la íntima irrealidad de sí mismo. El espejo de viento-luna, cuyo título es una metáfora erótica, es acaso el único momento de la literatura en que se trata con melancolía y no sin cierta dignidad el goce solitario.

Nada hay más característico de un país que sus imaginaciones. En sus pocas páginas este libro deja entrever una de las culturas más antiguas del orbe y, a la vez, uno de los más insólitos acercamientos a la ficción fantástica.

Examen para cubrir la plaza de ángel tutelar

El abuelo del marido de mi hermana mayor, llamado Sung Tao, era licenciado^[1]. Un día guardaba cama por una indisposición cuando llegó un mensajero oficial a convocarle para el examen de doctorado. El mensajero llevaba en una mano el aviso usual y con la otra conducía de la brida un caballo con la frente blanca. El señor Sung le objetó que el Gran Examinador aún no había llegado, y preguntó por qué tanta prisa. El mensajero no contestó, pero insistió tan vehementemente que por fin el señor Sung se levantó, y montando a caballo cabalgó con él.

El camino parecía extraño; y en seguida llegaron a una ciudad que semejaba la capital de un príncipe. Entraron en el palacio del Prefecto, decorado con magnificencia; allí vieron a unos diez funcionarios sentados en el otro extremo de la sala, todos desconocidos para el señor Sung, con la excepción de uno al que reconoció como el Dios de la Guerra. En la terraza había dos mesas y dos banquetas; en una de ellas ya estaba sentado un candidato, así que el señor Sung se sentó a su lado. Sobre la mesa había recado de escribir para ambos, y hasta ellos voló un papel con un tema de composición que consistía en las siguientes ocho palabras: “Un hombre, dos hombres; con intención, sin intención.”

Cuando el señor Sung terminó su ensayo, lo llevó al salón. Contenía el siguiente párrafo: “Aquellos que son virtuosos intencionadamente, aunque virtuosos, no serán recompensados. Aquellos que son malvados sin intención, aunque malvados, no serán castigados.”

Las deidades que presidían el tribunal alabaron mucho este pensamiento; indicaron al señor Sung que se acercara y le dijeron: “Se necesita un Ángel Tutelar en Honan. Ve y asume el cargo.” Al oír estas palabras el señor Sung se inclinó profundamente y lloró, diciendo: “Aunque soy indigno del honor que me han conferido, no osaría declinarlo; pero mi anciana madre ha alcanzado su séptima década y ahora no tendrá quién la cuide. Les ruego que me permitan esperar hasta que haya cumplido su destino, entonces estaré a su disposición.” Una de las deidades, que parecía ser el jefe, ordenó que buscaran el tiempo de vida que le quedaba a la madre, y un ayudante con una larga barba volvió en seguida con el Libro del Destino. Al comprobarlo declaró que todavía le quedaban nueve años de vida; las deidades se pusieron a deliberar, y en un momento dado el Dios de la Guerra dijo: “Muy bien. Permitamos que el señor licenciado Chang asuma el puesto y sea relevado dentro de nueve años.” Y volviéndose al señor Sung, continuó: “Usted debía incorporarse a su puesto sin demora; pero en consideración a su piedad filial, se le concede un permiso de nueve años. Al expirar ese tiempo recibirá otra notificación.” A continuación dirigió unas palabras amables al señor Chang; y los dos candidatos se fueron juntos después de hacer los saludos de rigor. Tomando la mano del señor Sung, su compañero, que dijo ser “Chang Ch’i de Ch’ang-shan”, le acompañó más allá de las murallas de la ciudad,

y al partir le entregó un poema. No puedo recordarlo completo, pero tenía esta estrofa:

“Con vino y flores perseguimos las horas,
en una eterna primavera:
Sin luna, sin luz para alegrar la noche—
Tú a quien el rayo debe traer.”

El señor Sung le dejó y partió a caballo, y en un momento llegó a su casa; se despertó como de un sueño, y descubrió que había estado muerto tres días cuando su madre, al oír un gemido en el ataúd, se acercó y le ayudó a salir. Pasó algún tiempo hasta que pudo hablar, y cuando lo hizo preguntó inmediatamente por la ciudad de Ch'ang-shan; donde resultó que un licenciado llamado Chang había muerto aquel mismo día. Pasados nueve años, la madre del señor Sung, tal como estaba escrito, abandonó esta vida; cuando terminaron las exequias, su hijo, que primero se había purificado, entró en su aposento y también murió. La familia de su mujer vivía dentro de la ciudad, cerca de la puerta occidental; de pronto vieron al señor Sung, acompañado por numerosos carruajes y caballos con guarniciones labradas y bridas adornadas con borlas rojas, entrar en el salón, inclinarse respetuosamente y partir. Se quedaron muy desconcertados, porque no sabían que se había convertido en un espíritu, y corrieron al pueblo en busca de noticias; allí les dijeron que acababa de morir. El señor Sung dejó escrita una crónica de esta aventura; pero desafortunadamente, después de la insurrección^[2] no fue encontrada. Éste es sólo un resumen de la historia.

El bonzo de Ch'ang-ch'ing

En Ch'ang-ch'ing vivía un bonzo cuya conducta era excepcional por su virtud y pureza; y a pesar de tener más de ochenta años, aún estaba fuerte y sano.

Un día se cayó y ya no pudo moverse; cuando los otros monjes corrieron a ayudarlo, le encontraron muerto. El anciano bonzo no era consciente de su muerte, y su alma voló a los confines de la provincia de Honan. Dio la casualidad que el vástago de una antigua familia de Honan salió aquel mismo día en compañía de diez o doce servidores a la caza de la liebre con halcones; pero el caballo se encabritó, y el joven cayó y murió. Justo en aquel momento pasaba el alma del bonzo y entró en el cuerpo del joven, que recobró el conocimiento gradualmente.

Los servidores se agrupaban a su alrededor preguntándole cómo estaba, cuando abrió los ojos y exclamó: “¿Cómo he llegado aquí?” Le ayudaron a levantarse y le llevaron a casa; todas sus mujeres fueron a verle y a preguntar cómo se encontraba. Él, sorprendido, repetía: “Soy un monje budista. ¿Cómo he llegado aquí?”

Sus domésticos creyeron que deliraba, e intentaron que recobrarla la razón tirándole de las orejas.

Él no entendía nada, así que cerró los ojos y se abstuvo de hablar. Sólo comía arroz y rehusaba el vino y la carne; y evitaba la compañía de sus esposas. Pasados unos días le apeteció dar un paseo, lo que alegró a toda su familia; pero en cuanto estuvo fuera y se paró a descansar un poco, fue acosado por servidores que le suplicaban que se ocupara en sus asuntos como solía. Pero pretextó estar enfermo y falto de fuerzas, y no se dijo más. Entonces tuvo oportunidad de preguntar si conocían el distrito de Ch'ang-ch'ing, y como le respondieron afirmativamente, expresó la intención de ir, alegando que se sentía deprimido y no tenía nada especial que hacer; y ordenó que cuidaran sus negocios. Intentaron disuadirle aduciendo que todavía estaba convaleciente; pero no prestó atención a sus advertencias, y al día siguiente se puso en camino. Al llegar al distrito de Ch'ang-ch'ing lo encontró todo como antes; y sin necesidad de preguntar el camino, fue directo al monasterio.

Sus antiguos discípulos le recibieron con todas las muestras de respeto debidas a un visitante ilustre; cuando preguntó el paradero del viejo monje, le contestaron que su digno maestro había muerto hacía algún tiempo.

Después pidió que le enseñaran la tumba, y le condujeron a un lugar donde había un túmulo solitario de unos tres pies de alto, sobre el que aún no había crecido la yerba. Los monjes desconocían los motivos por los que deseaba visitar aquel sepulcro; de pronto pidió su caballo, diciendo a los discípulos: “Vuestro maestro fue un monje virtuoso. Conservad cuidadosamente todas las reliquias tuyas que queden, y protegédlas de cualquier injuria”. Todos prometieron hacerlo, y él se fue de vuelta a casa. Cuando llegó, cayó en un estado de apatía y se desinteresó de los asuntos de la familia. Hasta el punto que pocos meses después huyó y fue directo a su hogar anterior en el monasterio, anunciando a los discípulos que era su antiguo maestro.

Éstos rehusaron creerle, y se rieron entre ellos de sus pretensiones; pero él les contó toda la historia, y recordó muchos incidentes de su vida anterior entre ellos, hasta que por fin se convencieron. Ocupó su antigua cama y reemprendió sus actividades cotidianas como antes, sin prestar atención a las súplicas de su familia, que llegó con carruajes y caballos a rogarle que volviera.

Aproximadamente un año después, su esposa envió a uno de los servidores con magníficos regalos de oro y seda, que rehusó, con la excepción de una túnica de lino. Siempre que uno de sus antiguos amigos pasaba por este monasterio, iba a presentarle sus respetos, encontrándole tranquilo, austero y puro. Por entonces apenas había cumplido los treinta años, aunque hacía más de ochenta que era monje.

En el mundo de ultratumba^[3]

Hsi Fang-p'ing era de Tung-an. Su padre Hsi-Lien era una persona muy violenta, y había tenido una reyerta con un vecino llamado Yang. Pasó algún tiempo y Yang murió; algunos años después, cuando Lien estaba en su lecho de muerte, gritó que Yang animaba a los diablos del infierno para que le torturaran.

Su cuerpo se inflamó y se puso todo rojo, y poco después exhaló el último suspiro. Su hijo lloró amargamente y se negó a comer, diciendo: “¡Ay! Mi pobre padre ahora estará siendo maltratado por crueles demonios; debo descender y ayudarle a reparar sus culpas”. Dejó de hablar, y durante mucho tiempo permaneció como aturdido; su alma había abandonado la morada de barro. Le parecía que se encontraba fuera de casa, sin saber qué dirección tomar; así que preguntó a uno de los viandantes el camino a la capital del distrito. Llegó enseguida y dirigió sus pasos a la prisión, donde encontró a su padre que yacía en el exterior en un estado lastimoso.

Cuando vio a su hijo se deshizo en lágrimas, y le dijo que los carceleros estaban sobornados para golpearle y lo habían hecho día y noche hasta reducirle al estado actual. Fang-p'ing se revolvió lleno de ira y empezó a maldecir a los carceleros. “¡Malditos!” gritó. “Si mi padre es culpable tiene que ser castigado según la ley, y no según el capricho de una banda de canallas como vosotros”. Después se retiró y redactó una petición que a la mañana siguiente llevó a la audiencia del dios de la ciudad; pero mientras tanto su enemigo Yang se había puesto en movimiento, y sus sobornos fueron tan efectivos que el dios de la ciudad desechó la petición por falta de pruebas.

Fang-p'ing se enfureció, pero no pudo hacer nada; así que inmediatamente se dirigió a la capital de la provincia, donde consiguió que su súplica fuera aceptada, aunque pasó casi un mes hasta que se vio en audiencia; pero todo lo que obtuvo fue que se devolviera el caso al tribunal territorial, donde fue severamente torturado y después escoltado hasta la puerta de su casa, por temor a que causara más problemas.

Sin embargo, no cedió, sino que se escabulló y se dirigió a presentar su queja ante uno de los diez jueces del purgatorio; ante esto los dos mandarines que previamente le habían maltratado se presentaron y, secretamente, le ofrecieron mil onzas de plata si retiraba la denuncia. Las rehusó categóricamente; y unos días después el propietario de la posada donde residía le dijo que había sido un tonto afanándose tanto, y que no obtendría ni dinero ni justicia, porque el mismo juez ya había sido sobornado. Fang-p'ing pensó que esto eran meras habladurías y no le creyó; pero cuando llegó el turno de su caso, el juez, terminantemente, rehusó escuchar la denuncia y ordenó que le dieran veinte latigazos; y se los administraron a pesar de todas sus protestas. Entonces exclamó: “¡Ah! Esto lo hacéis porque no tengo dinero para pagaros”. Lo que encolerizó tanto al juez, que ordenó a los verdugos que arrojaran a Fang-p'ing a la cama de fuego. Ésta era un gran armazón de hierro bajo el

cual ardía un fuego enorme que lo dejaba incandescente; los demonios pusieron a Fang-p'ing sobre el armazón después de quitarle la ropa, y le mantuvieron sobre los hierros hasta que el fuego le mordió los huesos; pero a pesar de esto no murió.

Al cabo de un rato los demonios dijeron que era suficiente, y le hicieron levantarse de la cama y vestirse. Apenas podía andar, y cuando volvió a la corte de justicia el juez le preguntó si quería presentar alguna otra reclamación. “¡Ah!” exclamó Fang-p'ing. “Los agravios que se me han inferido aún no han sido reparados, y mentiría si dijera que no voy a apelar más”. Entonces el juez le preguntó de qué tenía que quejarse; a lo que Fang-p'ing contestó que de la injusticia de su reciente castigo. El juez se encolerizó tanto que ordenó a los verdugos que cortaran en dos a Fang-p'ing. Los demonios le condujeron a un lugar donde fue arrojado entre un par de tableros de madera; a los lados de ambos tableros el suelo estaba húmedo y pegajoso de sangre. En aquel instante se le ordenó volver ante el juez, que le preguntó si continuaba pensando igual; ante su respuesta afirmativa le llevaron adentro de nuevo y le ataron entre los dos tableros. Le aplicaron la sierra, y cuando pasaba por su cerebro experimentó la agonía más cruel; sin embargo pudo soportarlo sin un grito. “Es un tipo duro”, dijo uno de los demonios, mientras la sierra se abría camino gradualmente a través del pecho. A lo que el otro respondió: “Verdaderamente, esto es piedad filial; y como el pobre tipo no ha hecho nada, vamos a desviar un poco la sierra, así evitaremos dañar el corazón^[4]. Fang-p'ing notó que la sierra describía una curva dentro de él, lo que le causó aún más dolor que antes; y en unos instantes estuvo cortado de arriba abajo, y las dos mitades de su cuerpo se separaron junto con las mesas a las que estaban atadas. Los demonios fueron a comunicar que habían terminado, y se les ordenó que volvieran a juntar a Fang-p'ing y le llevaran ante el juez. Así lo hicieron, pero el corte a lo largo del cuerpo le dolía terriblemente, y le parecía que se iba a abrir de un momento a otro. Como Fang-p'ing no podía andar, uno de los demonios sacó una cuerda y la ató alrededor de su cintura, como recompensa, dijo, a su piedad filial. El dolor cesó inmediatamente, y Fang-p'ing apareció una vez más ante el juez, prometiendo esta vez no volver a presentar ninguna reclamación.

El juez ordenó que fuera enviado a la tierra, y los diablos le escoltaron hasta las afueras de la puerta norte de la ciudad; allí le mostraron el camino a su casa y se marcharon. Fang-p'ing había comprendido que había menos esperanza de obtener justicia en el mundo de ultratumba que sobre la tierra; y como no tenía medios para llegar hasta el Gran Rey y exponer su caso, se acordó de un dios honesto y benevolente llamado Erh Lang, que era pariente del Gran Rey, y decidió buscarle. Así que dio la vuelta y se dirigió hacia el sur, pero fue alcanzado inmediatamente por unos demonios enviados por el juez para que se aseguraran de que realmente volvía a su casa. Le llevaron otra vez ante el juez, donde contrariamente a lo que esperaba, fue recibido con gran afabilidad.

El juez elogió su piedad filial, pero le dijo que no debía preocuparse más porque su

padre había reencarnado en una familia ilustre y rica. “En cuanto a ti”, añadió el juez, “te dono mil onzas de plata para que te las lleves a casa, así como la edad de centenario, con lo que espero que estés satisfecho.” Después mostró a Fang-p’ing el documento sellado donde constaba esto, y le envió a casa escoltado por los demonios. Éstos empezaron a injuriarle por ocasionarles tantas molestias; pero Fang-p’ing se volvió bruscamente hacia ellos y les amenazó con llevarles ante el juez.

Entonces se callaron, y caminaron cerca de media jornada, hasta que por fin llegaron a un pueblo. Los diablos invitaron a Fang-p’ing a entrar en una casa donde la puerta estaba entornada. Fang-p’ing estaba a punto de entrar cuando, de improviso, los diablos le dieron un empujón, y... he ahí, otra vez en la tierra, reencarnado en una niña. Durante tres días suspiró y lloró y no probó la comida, y finalmente murió. Pero su espíritu no olvidó a Erh Lang, e inmediatamente se lanzó en su busca. No había andado mucho cuando tropezó con la escolta de un alto personaje, y uno de los ayudantes le apresó por interferirse en el camino, y le llevó ante su señor.

Se encontró ante un carruaje donde vio a un joven muy bello, rodeado de gran pompa. Y pensando que era su oportunidad, le contó al joven, a quien tomó por un alto mandarín, toda su triste historia de principio a fin. Cuando terminó le quitaron las ligaduras, y prosiguió camino con el joven, hasta que llegaron a un lugar donde varios oficiales les recibieron. Fang-p’ing fue confiado a uno de ellos, y entonces supo que el joven no era otro que el Gran Rey, y los oficiales los nueve príncipes del cielo, y el oficial al que Fang-p’ing fue confiado resultó ser Erh Lang. Este último era muy alto, y tenía una larga barba blanca, en absoluto como la representación popular de un dios; y cuando los otros príncipes se fueron, llevó a Fang-p’ing ante un tribunal donde vio a su padre y a su antiguo enemigo Yang, junto con todos los lictores y otros que habían estado implicados en el caso. Después llevaron en jaulas a unos criminales, y resultó que eran el juez, el prefecto y el magistrado.

Empezó el juicio, mientras los tres malvados oficiales temblaban y se estremecían; después de escuchar las declaraciones, Erh Lang se dispuso a dictar sentencia, y condenó a cada uno, luego de extenderse sobre la magnitud de sus muchos crímenes, a ser asado, cocido y sometido a las más terribles torturas. En cuanto a Fang-p’ing, le concedió tres décadas extra de vida, como recompensa a su piedad filial; y le puso en el bolsillo una copia de la sentencia. Padre e hijo viajaron juntos, y finalmente llegaron a casa. Fang-p’ing fue el primero en recobrar la consciencia, y ordenó a los criados que abrieran el féretro de su padre; lo hicieron inmediatamente, y el anciano recobró la vida. Pero cuando Fang-p’ing buscó la copia de la sentencia, ¡oh!, había desaparecido.

En cuanto a la familia de Yang^[5], pronto cayeron en la miseria, y todas sus tierras pasaron a manos de Fang-p’ing; porque cuando algún otro las compraba, se volvían estériles e improductivas. Pero Fang-p’ing y su padre vivieron felices, y ambos superaron la edad de noventa años.

El sacerdote invisible

El señor Han era un caballero de buena familia, muy amigo de un hábil sacerdote taoísta y mago llamado Tan; éste, cuando se hallaba entre otros invitados, solía volverse invisible de improviso. El señor Han estaba ansioso por aprender este arte, pero Tan rehusó enseñarle a pesar de todas sus súplicas: “No”, decía, “porque desee conservar el secreto para mí, sino simplemente por una cuestión de principio. Enseñar al hombre superior^[6] estaría bien; sin embargo, otros utilizarían semejante conocimiento para despojar a sus vecinos. No hay peligro de que usted hiciera algo así, pero, en ciertos casos, incluso usted podría ser tentado.” Cuando el señor Han vio que todos sus esfuerzos eran vanos, fue preso de una rabia inmensa, y en secreto acordó con sus domésticos que darían al mago un castigo sonado. Para evitar que escapara haciéndose invisible, hizo cubrir toda la era con un fino polvo de ceniza, de forma que las marcas de sus pies pudieran verse y los criados golpearan sobre ellas. Luego invitó a Tan; y en cuanto llegó, los criados de Han empezaron a golpearle por todas partes con correas de cuero.

Inmediatamente Tan se volvió invisible, pero las huellas de sus pies se podían ver con claridad cuando se movía de un lado a otro para evitar los golpes, y los criados continuaron golpeando sobre ellas hasta que, finalmente, pudo escapar. Entonces el señor Han entró en su casa; poco después reapareció Tan y les dijo a los criados que no podía quedarse más tiempo en aquel lugar, pero que antes de marcharse tenía la intención de ofrecerles una fiesta a cambio de todo cuanto habían hecho por él. E introduciendo una mano en la manga de su traje, sacó gran cantidad de manjares deliciosos y vinos, que dispuso sobre la mesa suplicándoles que se acomodaran y se sirvieran. Los criados no se hicieron rogar, y todos y cada uno de ellos se emborracharon y perdieron el conocimiento; entonces Tan les cogió uno a uno y les metió en la manga de su traje. Cuando el señor Han lo supo rogó a Tan que le mostrara algún otro truco; Tan dibujó una ciudad sobre la pared, y llamó a la puerta que se abrió inmediatamente. Introdujo su bolsa y vestidos, y entrando él también saludó con la mano y dijo adiós al señor Han. Las puertas de la ciudad se cerraron y Tan desapareció. Se dice que volvió a aparecer en Ch'ing-Chou, donde enseñó a los niños a pintarse un círculo en la mano, apoyarlo ligeramente sobre la cara de otra persona o sobre sus vestidos, y dejarlo impreso en aquel lugar, sin que quedara rastro del círculo sobre la mano.

El sendero mágico

En la provincia de Kuangtung vivía un erudito llamado Kuo; una noche se dirigía a casa después de visitar a un amigo, cuando se perdió en las colinas. Llegó a una jungla espesa, donde, después de vagar durante una hora, de pronto escuchó el rumor de risas y conversaciones en lo alto de una colina. Rápidamente se dirigió hacia donde oía el sonido, y allí encontró a unas diez o doce personas sentadas en el suelo bebiendo^[7]. Al ver a Kuo todos exclamaron: “Ven aquí, hay sitio para otro; has llegado en el momento preciso.” Kuo se sentó con el grupo; la mayoría de ellos eran literatos^[8], y empezó a preguntarles qué dirección debía tomar para llegar a su casa; pero uno exclamó: “¡Vaya tipo! Te preocupas de la vuelta a casa y no te fijas en la magnífica luna que tenemos esta noche.” Después le ofreció una copa de vino de un aroma exquisito, que Kuo bebió de un trago, y otro caballero se la volvió a llenar al instante. Ahora, Kuo se sentía muy bien, y como estaba sediento después de tan larga caminata, bebió ávidamente vaso tras vaso, para delicia de sus anfitriones que unánimemente le declararon un muchacho excelente. Además era muy divertido y podía imitar a la perfección el canto de todo tipo de pájaros; así que, a hurtadillas, empezó a gorjear como una golondrina, ante el asombro de los otros, que se preguntaban cómo era posible que una golondrina estuviera despierta tan tarde. Luego cambió y empezó a imitar el canto del cuclillo, y se reía sin decir nada mientras sus anfitriones discutían los extraordinarios sonidos que acababan de escuchar. Después imitó a un papagayo y gritó: “El señor Kuo está muy borracho; será mejor que le acompañen a casa”; y cesaron los sonidos. Poco después empezaron de nuevo, hasta que al fin los otros descubrieron quién era, y todos se echaron a reír. Fruncieron la boca e intentaron silbar como Kuo, pero ninguno pudo hacerlo, y uno dijo: “Qué pena que la señora Ch’ing no esté con nosotros: tenemos que volver a encontrarnos aquí en otoño, y usted, señor Kuo, debe acompañarnos.” Kuo prometió que lo haría; entonces otro de sus anfitriones se levantó, y dijo que, ya que les había ofrecido un pasatiempo tan divertido, ellos iban a intentar mostrarle algunos ejercicios acrobáticos. Se levantaron todos, y uno plantó los pies firmemente sobre el suelo, el segundo saltó sobre sus hombros, el tercero sobre los hombros del segundo, el cuarto sobre éste, hasta que la torre humana fue demasiado alta para que los restantes pudieran saltar, así que empezaron a trepar como si se tratara de una escalera. Cuando todos estaban arriba, y la cabeza más alta parecía tocar las nubes, toda la columna se fue doblando lentamente sobre el suelo, y se transformó en un sendero. Durante algún tiempo Kuo permaneció considerablemente asustado; pero se adentró en el sendero, y finalmente llegó a su casa. Algunos días después volvió al mismo lugar, y vio los restos de la fiesta esparcidos por el suelo, y densos matorrales por todas partes, sin rastro de sendero alguno. En otoño pensó mantener la promesa hecha, pero sus amigos le persuadieron para que no fuera.

El hombre que fue arrojado a un pozo

El señor Tai, de An-Ch'ing, era un joven libertino. Un día volvía a casa un poco achispado, cuando se encontró por el camino a un primo suyo que estaba muerto, cuyo nombre era Chi; y como en su estado de embriaguez había olvidado que su primo estaba muerto, le preguntó a dónde iba. “Ya soy un espíritu incorpóreo”, contestó Chi; “¿no te acuerdas?” Tai se quedó un tanto desconcertado ante esto; pero como estaba bajo la influencia del licor, no se asustó, y le preguntó a su primo qué hacía en el reino subterráneo. “Estoy empleado como escribano”, dijo Chi, “en la corte del Gran Rey”. “Entonces debes saberlo todo sobre la felicidad y la desgracia que nos espera” exclamó Tai. “Es mi trabajo” respondió su primo; “claro que lo sé. Pero veo tantos expedientes que, a menos que hagan referencia a mí o a mi familia, no les presto atención. Por cierto, hace tres días vi tu nombre en el registro”. Tai preguntó inmediatamente qué decía; y su primo contestó: “No quiero engañarte; tu nombre estaba escrito como destinado a un infierno oscuro y tenebroso”. Tai se quedó mortalmente asustado, y al instante se le pasó la borrachera. Suplicó a su primo que le ayudara de alguna forma. “Puedes intentar”, dijo Chi, “hacer méritos para mitigar el castigo; pero tu expediente es tan grueso como mi dedo, y nada, excepto los actos más meritorios, podría ayudarte. ¿Qué puede hacer por ti un don nadie como yo? Aunque cada día hicieras una buena acción, no podrías conseguir el total necesario ni en un año, y ya es demasiado tarde para eso. Pero corrígete de ahora en adelante y puede que aún haya una esperanza de salvación”. Al oír estas palabras, Tai se puso de rodillas, y rogó a su primo que le ayudara; pero cuando levantó la cabeza Chi había desaparecido. Así que volvió a casa acongojado, purificó su corazón y se dispuso a llevar una vida más ordenada.

Ocurría que el vecino de Tai hacía tiempo que sospechaba que éste le prestaba demasiada atención a su esposa; y un día, cuando se encontró a Tai en el campo, poco después de los hechos ya narrados, le convenció para que inspeccionara un pozo ya seco, y le arrojó dentro.

El pozo tenía una profundidad de muchos pies, y pensó que Tai había muerto; sin embargo a media noche recuperó la consciencia, se sentó en el fondo del pozo, y empezó a pedir auxilio; pero nadie le oyó. Al día siguiente, el vecino, temiendo que Tai hubiera recobrado el conocimiento, fue a escuchar a la boca del pozo; le oyó gritar pidiendo auxilio, y arrojó gran cantidad de piedras. Tai se refugió en una cueva lateral sin osar hacer ningún ruido. Pero su enemigo sabía que no estaba muerto y rellenó de tierra el pozo, casi hasta el borde. La cueva era oscura como boca de lobo, igual que las regiones de ultratumba; y como no tenía nada de comer o beber, Tai perdió todas las esperanzas de salvarse. Se arrastró hacia el interior de la cueva, pero el agua le impidió avanzar más de unos pocos pasos, y dio la vuelta. Al principio sintió hambre; pero poco a poco, esta sensación pasó. Y considerando que allí, en el fondo de un pozo, difícilmente podría hacer ninguna buena obra, se puso a invocar a

grandes voces el nombre de Buda. No había pasado mucho tiempo cuando vio un gran número de fuegos fatuos ondeando sobre el agua e iluminando la oscuridad de la caverna; e inmediatamente les imploró, diciendo: “Oh fuegos fatuos, he oído que sois las sombras de personas ofendidas e injuriadas. No me queda mucho tiempo de vida y no tengo esperanza de escapar; sin embargo con gusto mitigaría la monotonía de mi situación intercambiando unas palabras con vosotros.” Al instante todos los fuegos se dirigieron ligeros hacia él; y entre ellos había un hombre de menos de la mitad de la estatura normal. Tai le preguntó de dónde venía; a lo que éste contestó: “Ésta es una vieja mina de carbón. El propietario, buscando el carbón, removi6 algunas tumbas; y el señor Lung-fei inundó la mina y anegó a cuarenta y tres trabajadores. Nosotros somos las sombras de esos hombres.” También le dijo que no sabía nada del señor Lung-fei, excepto que era secretario del dios de la ciudad, y que por compasión hacia los inocentes trabajadores, tenía la costumbre de enviarles cierta cantidad de gachas cada tres o cuatro días. “Pero el agua fría”, añadió, “empapa nuestros huesos, y hay poca esperanza de que la quiten. Señor, si algún día vuelve al mundo de arriba, le ruego que recoja nuestros huesos putrefactos y los entierre en cualquier cementerio. Así ganaría una gratitud infinita en el reino subterráneo.” Tai prometió que si tenía la suerte de escapar haría lo que deseaban; “¿pero cómo”, exclamó, “en mi situación puedo tener esperanzas de volver a ver la luz del día?” Entonces empezó a enseñar a los fuegos fatuos a decir las plegarias, haciéndoles cuentas de rosario con trocitos de barro, y repitiéndoles la liturgia de Buda. No podía distinguir el día de la noche; dormía cuando se sentía cansado, y cuando se despertaba se sentaba. De pronto vio en la distancia la luz de unas lámparas, ante lo que las sombras se regocijaron y dijeron: “Es el señor Lung-fei con nuestra comida.” Entonces invitaron a Tai a ir con ellos; y cuando contestó que no podía a causa del agua, le llevaron sobre ella, de forma que sus pies casi no la tocaban. Después de haber girado y vuelto a girar durante cerca de un cuarto de milla, llegó a un lugar en el que los fuegos fatuos le dijeron que ya podía andar; entonces subió un tramo de escalones y al final de los mismos se encontró en una estancia iluminada por una vela tan gruesa como un brazo. Como no había visto la luz en bastante tiempo, sintió una gran alegría y entró; pero al ver a un anciano vestido con el traje académico y bonete, sentado en el lugar de honor, se paró sin atreverse a avanzar. Pero el anciano ya le había visto y le preguntó cómo él, un viviente, había llegado allí. Tai se arrojó a sus pies y se lo contó todo; al escucharle, el anciano exclamó: “¡Mi biznieto!” Le ordenó que se levantara, y ofreciéndole un asiento le explicó que su nombre era Tai Ch’ien y que también era conocido como Lung-fei. También le dijo que hacía tiempo un nieto suyo indigno, llamado T’ang, se había asociado con un grupo de canallas y había excavado un pozo cerca de su tumba, perturbando así la paz de su noche eterna; y que por lo tanto había inundado el lugar con agua salada y les ahogó. Luego preguntó por la situación actual de la familia.

Tai era un descendiente de uno de los cinco hermanos, del mayor de los cuales

también descendía T'ang; un hombre influyente del lugar había sobornado a T'ang para que abriera una mina al lado de la tumba familiar. Sus hermanos tuvieron miedo de inmiscuirse, y al poco tiempo el agua empezó a crecer y anegó a todos los trabajadores; los familiares de estos emprendieron acciones por daños, y T'ang y sus amigos se vieron reducidos a la pobreza, y los descendientes de T'ang a la miseria total. Tai era hijo de uno de los hermanos de T'ang, y habiendo oído esta historia de labios de sus mayores, ahora se la repetía al anciano.

“¿Cómo no iban a ser desafortunados, con un progenitor tan indigno?”, exclamó éste. “Pero ya que has llegado hasta aquí, de ninguna manera debes descuidar tus estudios.” Entonces el anciano le procuró comida y vino, y extendiendo ante él un volumen de ensayos del viejo estilo, le exhortó a que los estudiara cuidadosamente. También le dio temas de composición, y corrigió sus trabajos como si fuera su tutor. La vela permanecía siempre encendida, sin que necesitara ser despabilada y sin disminuir. Cuando estaba cansado, dormía, pero no distinguía el día de la noche. Algunas veces el anciano salía, dejando a un muchacho que atendía las necesidades de su biznieto. Pareció que pasaban varios años así, pero Tai no tenía problemas que le afligieran. El único libro que tenía era el volumen de ensayos, cien en total, que se leyó más de cuatro mil veces. Un día el anciano le dijo: “Tu periodo de expiación casi ha terminado, pronto podrás volver al mundo de arriba. Mi tumba está cerca de la mina de carbón, y el viento más implacable juega con mis huesos. Acuérdate de llevarlos a Tung-yüan.” Tai prometió que así lo haría; después el anciano reunió a todas las sombras y les ordenó que escoltaran a Tai de vuelta al lugar donde le habían encontrado. Las sombras saludaron a Tai una tras otra, y le suplicaron que se acordara de ellos, mientras Tai no podía imaginar cómo iba a salir.

La familia de Tai le había buscado por todas partes, y su madre había llevado el caso a las autoridades, que a su vez interrogaron a muchas personas, pero sin encontrar rastro del desaparecido. Pasaron tres o cuatro años y el magistrado fue sustituido; como consecuencia de esto, la busca fue abandonada, y la mujer de Tai, no sintiéndose a gusto donde estaba, volvió a casarse^[9]. Justo entonces un habitante del lugar se puso a reparar el antiguo pozo, y encontró el cuerpo de Tai en la caverna del fondo.

Al tocarlo comprendió que no estaba muerto, y en seguida informó a la familia. Trasladaron a Tai a su casa inmediatamente, y al cabo de un día estuvo en condiciones de contar su historia. Mientras permaneció en el pozo, el vecino que le había empujado dentro había golpeado a su mujer hasta matarla; y como su suegro le denunció, había estado confinado más de un año mientras se investigaba el caso. Cuando le pusieron en libertad era un saco de huesos; al saber que Tai había vuelto a la vida, se asustó mucho y huyó. La familia intentó persuadir a Tai para que le denunciara, pero él no quiso hacerlo, alegando que tirarle al pozo había sido el castigo adecuado a su mal comportamiento, y que el vecino no tenía culpa. Entonces el vecino se atrevió a regresar; y cuando el agua del pozo se secó, Tai contrató

hombres para que bajaran a recoger los huesos, los puso en un féretro y los enterró juntos. Luego buscó el nombre del señor Lung-fei en el árbol genealógico de la familia, y sacrificó todo tipo de cosas exquisitas en su tumba. Poco después el Canciller Literario oyó esta extraña historia, y también le gustaron mucho las composiciones de Tai, así que éste pasó los exámenes con facilidad. Cuando obtuvo el diploma de licenciatura volvió a casa y enterró los restos del señor Lung-fei en Tang-yüan, acercándose regularmente cada primavera a visitar la tumba.

El riachuelo de dinero

El doméstico de cierto caballero estaba un día en el jardín de su señor, cuando descubrió un riachuelo de dinero de dos o tres pies de ancho y de aproximadamente la misma profundidad. Inmediatamente cogió dos puñados; después se abalanzó sobre el riachuelo para así intentar asegurarse el resto. Sin embargo cuando se levantó vio que todo se había deslizado bajo él, no quedando más que lo que tenía en sus manos.

“¡Ah!”, dice el comentarista, “el dinero es un medio idóneo para circular, y no está destinado a que un hombre repose sobre él y lo guarde todo para sí.”^[10].

Una esposa sobrenatural

Un cierto señor Chao, de Ch'ang-shan, se alojaba en casa de una familia de nombre Tai.

Era muy pobre, y cayó enfermo y se encontró casi a las puertas de la muerte. Un día le llevaron al porche, pensando que sería mejor para él estar al fresco; y cuando despertó de un ligero sueño, ¡oh!, una bella joven estaba a su lado. “He venido para ser tu esposa”, dijo la muchacha respondiendo a su pregunta; a lo que el señor Chao contestó que un pobre hombre como él no podía aspirar a tanta fortuna; y añadió que estando próximo a la muerte, no tendría muchas oportunidades de disfrutar de los servicios de una esposa. La muchacha dijo que ella podía curarle; pero él le contestó que lo dudaba mucho. “Incluso”, continuó, “aunque tuvieras una buena receta, yo no dispongo de medios para hacerla preparar”. “No necesito medicinas para curarte”, dijo la muchacha, y empezó a frotarle la espalda, con una mano que a él le pareció como una bola de fuego. Pronto empezó a sentirse mucho mejor, y le preguntó a la joven su nombre, para, dijo él, poder recordarla en sus plegarias. “Soy un espíritu”, contestó; “y cuando tú vivías bajo la dinastía Han como Ch'u Sui-liang, fuiste un benefactor de mi familia. Tu gentileza se quedó grabada en mi corazón; y por fin he podido encontrarte, y estoy en condiciones de devolverte el favor.”

Chao se avergonzaba terriblemente de su estado de extrema miseria, y temía que el vestido de la joven se estropeará en su sucia habitación; pero ella quería entrar, así que la llevó a su habitación, donde no había ni sillas para sentarse ni trazas de comida, diciendo: “Efectivamente puede que seas capaz de soportar todo esto, pero ya ves que mi despensa está vacía, y no tengo medios para mantener una mujer.” “No te preocupes por eso”, exclamó ella; y en un instante Chao vio un lecho recubierto de ricos ropajes, las paredes tapizadas con un papel moteado en plata, y aparecieron sillas y mesas, estas últimas repletas de todo tipo de vinos y viandas exquisitas. Empezaron a divertirse, y vivieron juntos como esposo y esposa; mucha gente iba a ver con sus propios ojos estas cosas tan extrañas, siendo cordialmente recibidos por la joven, que a su vez acompañaba siempre al señor Chao cuando salía a cenar a cualquier sitio. Un día, entre los invitados estaba un joven licenciado sin principios ni escrúpulos, del que ella se percató inmediatamente; y después de insultarle, le golpeó en la cabeza, y esta salió por la ventana mientras su cuerpo permanecía dentro. Y allí quedó, clavado en el sitio, incapaz de moverse en ninguna dirección, hasta que los otros intercedieron por él y fue liberado. Pero con el tiempo los visitantes fueron demasiado numerosos, y si ella rehusaba verlos, descargaban su mal humor con el marido. Finalmente, mientras estaban bebiendo en compañía de unos amigos en la fiesta de Tuan-yang, apareció un conejo blanco^[11]; al verlo la muchacha se levantó y dijo: “El doctor ha venido a buscarme.” Después, volviéndose al conejo, añadió: “Ve delante, yo te seguiré.” El conejo se fue, y ella ordenó a sus amigos que cogieran una

escalera y la apoyaran sobre un árbol alto del patio trasero, de forma que la escalera superara la copa del árbol. La joven subió primero, y Chao detrás; ella dijo que si alguno quería seguirles se diera prisa. Ninguno se atrevió a hacerlo, excepto un joven doméstico de la casa, que subió tras Chao; y subieron, subieron, subieron, hasta que desaparecieron en las nubes y no se les volvió a ver. Sin embargo, cuando los circunstantes fueron a observar la escalera, descubrieron que se trataba solo de un viejo marco de puerta sin paneles; y cuando entraron en la habitación del señor Chao, era la misma vieja, sucia, despojada habitación de antes. Así que decidieron descubrir la verdad interrogando al joven doméstico cuando volviera; pero nunca volvió.

El invitado tigre

Un joven llamado Kung, de Min-Chou, iba a Hsi-ngan a examinarse cuando paró en una posada y pidió vino. A la vez que él entró un desconocido muy alto y de porte distinguido, que se sentó junto a Kung y empezó a conversar con él. Kung le ofreció una copa de vino, que el desconocido no rehusó, presentándose como Miao. Pero era un hombre rudo y vulgar, así que, cuando el vino se terminó, Kung no pidió más.

Al observar Miao que Kung no apreciaba a un hombre de su capacidad, se levantó y fue al mercado a buscar más, y volvió poco después con un gran jarro lleno. Kung declinó el vino que se le ofrecía; pero Miao, al cogerle el brazo para persuadirle, le hizo tanto daño que Kung se vio obligado a beber unas copas más.

Miao bebía tazón tras tazón. “No soy un buen anfitrión”, dijo Miao por fin; “te ruego que hagas lo que quieras, continúa o déjalo.” Así que Kung recogió sus cosas y salió; pero sólo había andado unas pocas millas cuando su caballo se puso enfermo y se tumbó en la carretera. Mientras estaba allí con todo su equipaje, pensando qué hacer, apareció el señor Miao, que en cuanto fue informado de lo que ocurría, se quitó el abrigo, se lo dio al criado, levantó al caballo, lo puso sobre sus hombros y lo llevó a la posada más cercana, que estaba a unas seis o siete millas de distancia. Al llegar dejó el caballo en el establo, y poco después se presentaron Kung y sus criados. Kung se quedó muy sorprendido por la hazaña de Miao, y creyéndole sobrehumano empezó a tratarle con la mayor deferencia, encargando vino y comida para ambos. “Mi apetito”, dijo Miao, “no lo podrías satisfacer fácilmente. Contentémonos con el vino.” Así que terminaron otra jarra, y después Miao se despidió, diciendo: “Tu caballo tardará algo en recuperarse, no puedo esperarte.” Y se fue.

Después del examen, algunos amigos de Kung le invitaron a unirse a ellos para merendar en la Colina Florida. Y justo cuando estaban riendo y divirtiéndose, ¡oh!, apareció el señor Miao. En una mano llevaba una gran botella y en la otra un jamón, que dejó en el suelo ante ellos. “Como oí”, dijo, “que se dirigían aquí, me he pegado a ustedes como la mosca a la cola del caballo.” Kung y sus amigos se levantaron y le recibieron con las ceremonias usuales; después se sentaron todos sin guardar ninguna etiqueta. Cuando el vino había corrido abundantemente, alguien propuso que completaran versos^[12]; a lo que Miao exclamó: “Oh, estábamos tan tranquilos bebiendo; ¿qué sentido tiene que nos metamos en dificultades?” Pero los otros no le escucharon y decidieron que los perdedores debían beber un gran jarro de vino.

“Hagamos que el castigo sea la muerte”, dijo Miao; a lo que los otros contestaron, riendo, que semejante castigo era un poco demasiado severo. Y Miao replicó que si no iba a ser la muerte, incluso un tipo tosco como él podía participar. Un tal señor Chin, que estaba sentado en uno de los extremos, empezó:

“De lo alto de la colina, amplia se extiende la mirada.”

Y Miao inmediatamente contestó:

“Rojiza destellea la espada sobre la jarra quebrada.”

El siguiente pensó durante mucho tiempo, y mientras tanto, Miao se servía vino; poco a poco todos completaron el verso, pero tan poco brillantemente que Miao exclamó:

“¡Oh, venga! Si no vamos a ser penalizados por esto mejor que nos abstengamos de hacer más versos.” Como ninguno estaba de acuerdo, Miao no pudo soportarlo más, y rugió como un dragón hasta que las montañas y los valles le devolvieron el eco. Después se puso a cuatro patas y empezó a saltar como un león, lo que terminó de confundir a los poetas y puso fin a sus lucubraciones.

El vino había corrido abundantemente, y ya todos, un poco mareados, empezaron a repetirse unos a otros los versos que habían presentado en el reciente examen, complaciéndose en la adulación recíproca. Esto molestó tanto a Miao que llevó a Kung a un lado para jugar a pares o nones^[13], pero como los otros continuaban lo mismo, al fin gritó: “Terminad con vuestras estupideces que sólo sirven para distraer a vuestras esposas y no para el entretenimiento general.” Los otros se sintieron muy humillados, y se enfadaron tanto por la grosería de Miao, que continuaron repitiendo sus versos en voz cada vez más alta.

Miao, furioso, se arrojó a tierra, y con un rugido se transformó en un tigre; inmediatamente se abalanzó sobre el grupo y los mató a todos, excepto a Kung y al señor Chin. Y desapareció rugiendo ferozmente.

El señor Chin obtuvo la licenciatura; y tres años más tarde, visitando la Colina Florida, se encontró al señor Chi, uno de aquellos caballeros que habían sido asesinados por el tigre. Aterrorizado, empezó a huir, pero Chi cogió la brida y le retuvo. Así que bajó del caballo y preguntó qué ocurría; a lo que Chi contestó: “Ahora soy el esclavo de Miao y debo trabajar para él. Para que yo quede libre tiene que matar a otro^[14]. Dentro de tres días, un hombre con traje académico debería ser devorado por el tigre al pie de la colina de Ts’ang-lung. Si llevas a algún caballero, ayudarás a tu amigo.” Chin estaba demasiado atemorizado para hablar, pero prometió que lo haría, y se fue. Luego empezó a pensar en el asunto; y considerándolo una encerrona, decidió romper su promesa y dejar que su amigo continuara siendo el siervo del tigre. Sin embargo, le contó la historia a un tal señor Chiang, que era pariente suyo y uno de los eruditos locales; y como este caballero le tenía envidia a otro erudito llamado Yu, que había obtenido la misma puntuación que él en el examen, decidió deshacerse de él. Así que invitó a Yu a que le acompañara al lugar en cuestión; y se presentó vestido informalmente.

Yu no podía comprender la razón de esta invitación; pero cuando llegó al lugar indicado encontró todo tipo de vinos y manjares listos para el festín. Aquel mismo día el prefecto había ido a la colina, y como era amigo de la familia Chiang, al saber que éste se encontraba más abajo, envió a buscarle. Chiang no se atrevió a presentarse ante él sin el traje académico; y tomó prestado el de Yu. Pero tan pronto lo tuvo puesto apareció el tigre y se lo llevó entre las fauces.

El tigre de Chao-ch'êng

En Chao-ch'êng vivía una anciana de más de setenta años, que tenía un hijo único. Un día el hijo subió al monte y fue devorado por un tigre; la madre se sumió en un dolor tan hondo que ni deseos tenía de vivir. Llorando y lamentándose acudió a contar su historia al magistrado del lugar, que riéndose le preguntó cómo pensaba que el peso de la ley podía recaer sobre un tigre.

Pero la anciana no se conformó, y por último el magistrado perdió la paciencia y le ordenó que se fuera. La anciana no se dio por enterada; y el magistrado, conmovido por su avanzada edad, y no deseando recurrir a la fuerza, le prometió que el tigre sería arrestado. No obstante, ella no quería irse hasta que la orden de arresto fuera extendida; así que el magistrado, no sabiendo qué hacer, preguntó a sus ayudantes quién quería llevar a cabo la captura. Al oír esto, uno de ellos, Li-Nêng, que estaba totalmente borracho, se adelantó y dijo que él lo haría. Se extendió el mandamiento judicial y la anciana se fue.

Cuando nuestro amigo Li-Nêng recobró la sobriedad se arrepintió de lo que había hecho; pero pensando que todo era un truco de su superior para deshacerse de una vieja inoportuna, no se preocupó demasiado, y entregó la orden de prisión como si esta hubiera sido cumplida. “¡No!”, exclamó el magistrado; “dijiste que lo podías hacer y ahora debes cumplir tu palabra”. Li-Nêng no sabía qué hacer, y rogó que se le permitiera reclutar a los cazadores del distrito; lo que le fue concedido. Así que reunió a los hombres y se dispuso a pasar el día y la noche en las montañas con la esperanza de cazar un tigre, demostrando así haber cumplido con su deber.

Pasó un mes, durante el cual recibió varios cientos de golpes con la vara de bambú, y al fin, desesperado, se dirigió al templo de Ch'êng-huang, en el suburbio oriental, donde, cayendo de rodillas, lloró y rezó. No había pasado mucho tiempo cuando entró un tigre, y Li-Nêng, muerto de miedo, pensó que iba a ser comido vivo. Pero el tigre no hizo caso de nada y permaneció sentado en la entrada. Entonces Li-Nêng se dirigió al animal con estas palabras:

“Oh tigre, si mataste al hijo de esa anciana, déjame que te ate con esta cuerda”; y sacando una cuerda del bolsillo la pasó por el cuello del animal. El tigre bajó las orejas, se dejó atar y siguió a Li-Nêng a la oficina del magistrado. Este último le interrogó diciendo: “¿Te comiste al hijo de la anciana?” A lo que el tigre contestó asintiendo con la cabeza; y el magistrado continuó:

“La ley dice que los asesinos deben morir. Además, esta anciana sólo tenía ese hijo, y al quitarle la vida la has dejado sin el único sostén de sus últimos años. Pero si prometes ser como un hijo para ella, tu crimen te será perdonado.” El tigre asintió de nuevo, y el magistrado ordenó que fuera puesto en libertad; cuando la anciana supo lo que había ocurrido, se encolerizó pensando que el tigre debía haber pagado con su vida el asesinato de su hijo.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando abrió la puerta de su casa, encontró un

ciervo muerto; y al vender la carne y la piel, pudo comprar comida. A partir de ese día esto se convirtió en un hábito, y algunas veces el tigre incluso le llevaba dinero y objetos preciosos, con lo que la anciana se hizo bastante rica, y estaba mucho mejor atendida de lo que lo había estado por su propio hijo.

Así que le tomó aprecio al tigre, que con frecuencia iba y dormía en el porche, quedándose a veces durante todo el día, sin dar motivos de miedo ni a hombres ni a animales.

A los pocos años, la anciana murió; el tigre fue y rugió sus lamentos en la entrada. Sin embargo, con todo el dinero que había ahorrado, tuvo un funeral espléndido; y mientras sus parientes rodeaban la tumba, apareció el tigre y les hizo huir temerosos. Pero el tigre sólo había ido al entierro, y después de rugir como un trueno, desapareció de nuevo.

La gente del lugar construyó una capilla en honor del Tigre Fiel; y allí permanece hasta este día.

Sueño de lobos

El señor Pai era de Ghi-li, y su hijo mayor se llamaba Chia. Este último había desempeñado durante cerca de dos años el cargo de magistrado en el sur; pero a causa de la gran distancia, su familia no había tenido noticias suyas.

Un día, llegó un pariente lejano llamado Ting; y como el señor Pai no había visto a este caballero en mucho tiempo, le acogió con mucha cordialidad. Ting era una de esas personas que ocasionalmente son empleadas por el Juez de las Regiones Infernales para hacer arrestos en la tierra; mientras estaban charlando, el señor Pai le preguntó por el reino subterráneo.

Ting le contó todo tipo de cosas extrañas, pero Pai no le creyó, respondiendo sólo con una sonrisa. Unos días después, acababa de acostarse a dormir, cuando entró Ting y le pidió que le acompañara a pasear.

Salieron juntos, y paso a paso llegaron a la ciudad. “Allí”, dijo Ting, señalando una puerta, “vive tu sobrino”; aludiendo a un hijo de la hermana mayor del señor Pai, que era magistrado en Honan. Y cuando Pai expresó sus dudas sobre la exactitud de esta información, Ting le condujo adentro, donde, ¡oh! sorpresa, estaba su sobrino, sentado en su corte de justicia y vestido con el traje oficial. A su alrededor estaba la guardia y era imposible acercarse; Ting comentó que la residencia de su hijo no estaba lejos, y le preguntó a Pai si no le gustaría verle también. Este último asintió, y se pusieron en camino. Por fin llegaron a un gran edificio, que Ting dijo era el lugar. En la entrada había un fiero lobo, y al señor Pai le daba miedo entrar. Ting le convenció, y cuando pasaron al interior descubrieron que todos los empleados de la casa, algunos de los cuales estaban de pie y otros tumbados durmiendo, eran lobos. El camino central estaba lleno de huesos blanquecinos, y el señor Pai empezó a sentirse terriblemente asustado; pero Ting se mantenía cerca de él todo el tiempo, y por fin llegaron al interior sanos y salvos.

El hijo de Pai, Chia, salía en ese instante; cuando vio a su padre acompañado de Ting se alegró mucho, les rogó que tomaran asiento y ordenó a los criados que sirvieran refrescos. Poco después un gran lobo llegó con el esqueleto de un hombre en la boca y lo depositó ante ellos.

El señor Pai se levantó consternado, y le preguntó a su hijo qué significaba aquello. “Es sólo un ligero refrigerio para ti, padre” contestó Chia; pero esto no calmó la agitación del señor Pai, que se hubiera marchado inmediatamente a no ser por la multitud de lobos que le cerraban el camino.

Cuando meditaba qué hacer, hubo una estampida general de los animales, que se escondieron, algunos bajo los canapés y otros bajo las mesas y sillas. Y mientras se preguntaba cuál podía ser la causa de esto, entraron dos caballeros con armaduras doradas, que, mirando a Chia con dureza, sacaron una cuerda negra y le ataron manos y pies. Chia se arrojó al suelo y se convirtió en un tigre de terribles fauces; uno de los caballeros sacó una espada resplandeciente, y le hubiera cortado la cabeza si el otro

no hubiera exclamado: “Aún no, aún no, eso lo dejaremos para el cuarto mes del próximo año. Ahora vamos a arrancarle los dientes.”

Sacó un gran martillo, y con unos pocos golpes esparció por el suelo los dientes del tigre, mientras la fiera rugía muy fuerte por el dolor, asustando terriblemente al señor Pai, que se despertó sobresaltado. Descubrió que había estado soñando, e inmediatamente envió a su criado a pedir al señor Ting que fuera a verle; pero este respondió que tendría que disculparle.

El señor Pai meditó sobre su sueño, y envió a su segundo hijo con una carta para Chia, llena de advertencias y buenos consejos. Cuando el hermano menor llegó a su destino, encontró que Chia había perdido todos los dientes delanteros como consecuencia de una caída de caballo estando ebrio.

Al comparar las fechas, descubrió que el día de la caída coincidía con la fecha del sueño de su padre. El hermano menor se sorprendió mucho, e inmediatamente sacó la carta y se la entregó a Chia. Éste se quedó lívido, pero enseguida preguntó a su hermano menor qué había de sorprendente en la coincidencia de un sueño.

Por aquel tiempo Chia estaba muy ocupado sobornando a sus superiores para que le pusieran el primero en la lista de ascensos, así que pronto olvidó todo lo referente al sueño; mientras tanto el hermano menor, observó la clase de arpías que eran los subordinados de Chia: aceptaban regalos de unos, utilizaban su influencia para complacer a otro, en un ininterrumpido círculo de corrupción; se acercó a su hermano y con lágrimas en los ojos le suplicó que pusiera fin a sus rapacidades. “Hermano mío”, contestó Chia “tu vida ha transcurrido en un oscuro pueblo; no sabes nada de la vida de la administración. Somos ascendidos o degradados según la voluntad de nuestros superiores, y no según la voluntad del pueblo. Por lo tanto, aquel que complace a sus superiores está destinado al éxito, mientras que el que satisface los deseos del pueblo está incapacitado para complacer también a su superior”. El hermano de Chia comprendió que su consejo caía en saco roto; así que volvió a casa y le dijo a su padre todo lo que había sucedido. El anciano se entristeció mucho, pero no podía hacer nada, así que se dedicó a ayudar a los pobres y a otros actos de caridad, rezando todos los días a los dioses para que sólo su malvado hijo sufriera por sus crímenes, sin que la desgracia cayera también sobre su inocente esposa e hijos. Al año siguiente se supo que Chia había sido recomendado para un puesto ministerial, y los amigos llegaron a la puerta del padre a felicitarle por el feliz evento. Pero el anciano lloró y se fue a la cama, pretextando estar demasiado enfermo para recibir visitas.

No había pasado mucho tiempo cuando llegó la noticia de que Chia había sido apresado por un grupo de bandidos cuando se dirigía a su casa, y que él y toda su escolta habían sido asesinados.

Al saberlo su padre se levantó y dijo: “En verdad los dioses han sido buenos conmigo, porque han hecho recaer el castigo por sus pecados sólo sobre él; e inmediatamente se dispuso a quemar incienso y a dar gracias. Algunos amigos

intentaron persuadirle de que la noticia probablemente fuera falsa; pero el anciano no dudaba, y se apresuró a disponer la tumba de su hijo.

Pero Chia aún no había muerto. En la fatal cuarta luna había emprendido su viaje, y cayó prisionero de los bandidos, a quienes ofreció todo su dinero y cosas de valor; pero aquéllos exclamaron: “Hemos venido para vengar las crueles injusticias hechas a muchos cientos de víctimas; ¿piensas que sólo queremos *esto*?”

Entonces le cortaron la cabeza, y también la cabeza de su malvado secretario, y las cabezas de varios de sus criados que habían sido especialmente diligentes llevando a cabo sus vergonzosas órdenes, y que ahora le acompañaban a la capital. Después repartieron el botín entre ellos y huyeron a toda velocidad. El alma de Chia permaneció algún tiempo cerca del cuerpo, y un mandarín que pasaba por el lugar preguntó quién era el muerto. Uno de los servidores contestó que había sido magistrado en tal y tal lugar, y que su nombre era Chia. “¡Cómo!”, dijo el mandarín, “¿el hijo del anciano señor Pai? Es difícil que su padre sobreviva a esta pena. Volved a ponerle la cabeza^[15]”. Un hombre se adelantó y colocó la cabeza a Chia sobre los hombros; pero el mandarín le interrumpió diciendo: “Un hombre perverso no debe tener un cuerpo perfecto; ponle la cabeza de lado.”

Poco a poco el alma de Chia volvió a su alojamiento, y cuando su mujer y sus hijos llegaron para llevarse el cuerpo, descubrieron que aún respiraba. Le llevaron a casa, y le dieron un poco de comida, y la pudo tragar; pero el alimento no podía continuar su viaje, porque la cabeza estaba del revés. Pasaron seis meses antes de que el padre supiera la verdad; y cuando se enteró envió al segundo hijo para que llevara a su hermano a casa. Chia había vuelto a la vida, pero podía ver su espalda, y desde entonces fue considerado más una monstruosidad que un hombre. Poco después, el sobrino que el anciano señor Pai había visto sentado en su corte rodeado de oficiales, fue nombrado censor imperial, y así todos los detalles del sueño extrañamente se cumplieron.

La venganza

Hsiang Kao, también llamado Ch'u-tan, era de T'ai-yüan; estaba muy unido a su hermanastro Shêng. Este último estaba profundamente enamorado de una joven llamada Po-ssü, que le correspondía. Pero la madre pedía demasiado dinero por su hija. Un joven rico llamado Chuang quería a Po-ssü para él, y propuso comprarla como concubina. "No, no", dijo Po-ssü a su madre, "prefiero ser la esposa de Shêng que la concubina de Chuang." La madre consintió, e informó a Shêng, que hacía poco había enterrado a su primera esposa. Shêng se sintió muy feliz e hizo todos los preparativos para llevársela a casa. Cuando Chuang se enteró se enfureció con Shêng por privarle de Po-ssü, y cuando un día se lo encontró, le paró y le maltrató ferozmente. Shêng le respondió, entonces Chuang ordenó a sus servidores que le atacaran. Y lo hicieron, dejándole sin vida en el suelo. Cuando Hsiang supo lo que había ocurrido, corrió al lugar de los hechos, y encontró a su hermano muerto.

Desbordado por el dolor, se dirigió al magistrado y acusó a Chuang de asesinato; pero los sobornos de este último fueron tan eficaces, que la acusación no sirvió de nada. Esto llevó a Hsiang a la desesperación, y se propuso asesinar a Chuang en la carretera; con este propósito se ocultaba todos los días con un cuchillo afilado entre los matorrales, cerca de la colina, esperando que Chuang pasara. Poco a poco, este plan suyo fue conocido por todos, así que Chuang nunca salía si no era fuertemente escoltado, y había contratado por mucho dinero los servicios de un hábil arquero llamado Chiao T'ung y Hsiang no tenía oportunidad de llevar a cabo su propósito. Sin embargo, continuó esperando día tras día, hasta que en una ocasión empezó a llover intensamente, y al poco tiempo Hsiang estaba calado hasta los huesos. Se alzó el viento y siguió el granizo; y poco a poco Hsiang se quedó paralizado por el frío. En lo alto de la colina había un pequeño templo donde vivía un sacerdote taoísta, al que Hsiang conocía porque algunas veces pedía limosna en el pueblo, y muchas veces le había dado de comer. El sacerdote, al ver lo mojado que estaba, le dio otras ropas y le dijo que se las pusiera; tan pronto lo hubo hecho, se puso a cuatro patas como un perro, y se encontró convertido en un tigre. El sacerdote había desaparecido. En seguida comprendió que esta era la oportunidad de vengarse de su enemigo, así que se dirigió a los matorrales de costumbre, y allí, ¡oh! ¡eh!, encontró su propio cuerpo yaciendo rígido y yerto.

Temiendo que pudiera convertirse en pasto de aves de rapiña, lo guardó con cuidado; y un día Chuang pasó por allí.

El tigre se abalanzó sobre él arrancándole la cabeza, que devoró al instante. Chiao T'ung, el arquero, disparó y le dio al animal en el corazón. En aquel momento Hsiang se despertó como de un sueño, pero pasó algún tiempo hasta que pudo arrastrarse a casa, donde llegó ante el alborozo de su familia, que no sabía lo que le había ocurrido. Hsiang no dijo una palabra, y permaneció tranquilamente en la cama hasta que algunos de sus parientes llegaron y le felicitaron por la muerte de su enemigo.

Entonces exclamó: “Yo era ese tigre”, y les contó toda la historia, que se fue extendiendo hasta que llegó a oídos del hijo de Chuang, que inmediatamente se puso en acción para llevar ante la justicia al asesino de su padre.

Sin embargo, el magistrado no consideró que esta historia tan extraña era prueba suficiente para llevarle ante el tribunal, y archivó el caso.

La piel pintada

En T'ai-yüan vivía un hombre llamado Wang.

Una mañana estaba paseando cuando encontró a una joven que cargaba un fardo e intentaba andar rápido. Pero como trastabillaba, Wang aceleró el paso y la alcanzó, y vio que era una bella muchacha de unos dieciséis años. Conmovido le preguntó dónde iba tan temprano y sola. “Un desconocido como usted”, contestó la chica, “no puede mitigar mi aflicción, ¿por qué se molesta en preguntar?” “Cuénteme su problema”, dijo Wang; “puede creer que haré por usted todo lo que pueda.” “Mis padres”, dijo ella, “amaban el dinero, y me vendieron como concubina a una rica familia, donde la esposa era muy celosa, y me golpeaba y maltrataba día y noche. No lo podía soportar, así que he huido.” Wang le preguntó dónde iba, a lo que ella respondió que una fugitiva no tenía un domicilio fijo. “Mi casa”, dijo Wang, “no está muy lejos; ¿quieres venir conmigo?” La joven aceptó con alegría, y Wang cogió el fardo y la guió. Como no veía a nadie, ella le preguntó a Wang dónde estaba su familia; y él contestó que aquello era sólo la biblioteca. “Y también un lugar muy agradable”, dijo ella, “pero si quieres salvar mi vida, no debes permitir que nadie sepa que estoy aquí.” Wang prometió que no divulgaría su secreto, y la muchacha permaneció allí algunos días sin que nadie supiera nada. Luego Wang se lo dijo a su mujer; y ella, temiendo que la muchacha pudiera pertenecer a alguna familia influyente, le aconsejó que la enviara fuera. Sin embargo, él no quiso hacerlo. Un día cuando iba a la ciudad, encontró a un sacerdote taoísta, que le miró sorprendido y le preguntó qué había encontrado. “No he encontrado nada”, contestó Wang. “¡Cómo!”, dijo el sacerdote, “estás embrujado, ¿qué significa eso de que no has encontrado nada?”

Pero Wang insistió que, efectivamente, era así, y el sacerdote se fue, diciendo: “¡El muy tonto! Tiene la muerte cerca y no lo sabe.” Esto alarmó a Wang, que al principio pensó en la muchacha, pero luego reflexionó y se dijo que alguien tan joven y hermosa no podía ser una bruja; y empezó a sospechar que lo único que quería el sacerdote era hacer un buen negocio.

Cuando volvió, la puerta de la biblioteca estaba cerrada y no pudo entrar; esto le hizo sospechar que algo andaba mal; así que saltó el muro, y encontró que la puerta de la habitación interior también estaba cerrada. Encaramándose con cuidado, miró por la ventana, y vio un demonio repugnante con la cara verde y los dientes mellados como una sierra, que extendía una piel humana sobre la cama y la pintaba con un pincel. Entonces el demonio dejó el pincel a un lado, y sacudiendo la piel como si fuera un abrigo, se la puso sobre los hombros, y, ¡oh!, era la muchacha. Aterrorizado, Wang huyó con la cabeza baja, en busca del sacerdote al que no sabía dónde encontrar; finalmente, lo halló en el campo, se arrojó a sus pies y le suplicó que lo salvara. “En cuanto a ahuyentarla”, dijo el sacerdote, “la criatura debe encontrarse en grandes dificultades para estar buscando un sustituto; además yo no puedo consentir que se

haga daño a un ser vivo.” Sin embargo, le dio a Wang un matamoscas y le ordenó colgarlo en la puerta del dormitorio, aceptando verle otra vez en el templo de Ch’ing-ti. Wang fue a casa, pero no se atrevió a entrar en la biblioteca; colgó el matamoscas en la puerta del dormitorio, y no había pasado mucho tiempo cuando oyó en el exterior un rumor de pasos. Como tenía miedo, le pidió a su esposa que observara lo que ocurría fuera, y esta vio a la chica que miraba el matamoscas sin atreverse a entrar. Rechinó los dientes y se fue; pero volvió poco después, y empezó a maldecir, diciendo: “Tú, sacerdote, no me asustarás. ¿Piensas que voy a abandonar lo que ya tengo en la mano?” Hizo añicos el matamoscas, y abriendo la puerta con violencia se dirigió directamente a la cama de Wang, le desgarró el pecho, le arrancó el corazón y se lo llevó. La esposa de Wang gritó, y el criado llegó con una luz; pero Wang estaba muerto y presentaba un aspecto lastimoso. Su esposa, muerta de miedo, casi no se atrevía a llorar por temor a hacer ruido. Al día siguiente envió al hermano de Wang a buscar al sacerdote. Éste montó en cólera y gritó: “¿Y para esto tuve compasión de ti, maldito demonio?” Inmediatamente se dirigió a la casa, pero la muchacha había desaparecido sin que nadie supiera adonde había ido. El sacerdote, alzando la cabeza, lo inspeccionó todo, y dijo: “Afortunadamente no está lejos.” Entonces preguntó quién vivía en las dependencias del ala sur, a lo que el hermano de Wang contestó que él vivía allí. El sacerdote dijo que allí era donde se encontraba. El hermano de Wang se asustó mucho y dijo que no lo creía; entonces el sacerdote preguntó si algún desconocido había estado en la casa. A esto respondió que, como había pasado todo el día en el templo de Ch’ing-ti, no podía saberlo; pero fue a informarse, y poco después volvió y les comunicó que una vieja había pedido trabajo como doméstica, y que su mujer la había tomado. “Ésa es”, dijo el sacerdote cuando el hermano de Wang añadió que aún estaba allí; y todos juntos se dirigieron a la casa. Al llegar, el sacerdote tomó su espada de madera y gritó: “¡Oh, demonio mal nacido, devuélveme mi matamoscas!” Mientras tanto, la nueva doméstica estaba muy alarmada e intentaba escapar por la puerta; pero el sacerdote la golpeó y la tiró al suelo, la piel humana se le cayó, y se convirtió en un horrible demonio.

Yacía en el suelo, gruñendo como un cerdo, hasta que el sacerdote cogió su espada de madera y le cortó la cabeza. Entonces se convirtió en una densa columna de humo que se alzaba en volutas desde el suelo; el sacerdote tomó una calabaza abierta y la lanzó justo en medio del humo. Se oyó un sonido de succión, y toda la columna fue aspirada en la calabaza; el sacerdote la tapó muy bien y la guardó en su faltriquera. La piel estaba entera, incluso con cejas, ojos, manos y pies, y la enrolló como si fuera un pergamino; estaba a punto de marcharse, cuando la esposa de Wang le paró. Con lágrimas en los ojos le pidió que devolviera la vida a su esposo. El sacerdote respondió que no podía hacer eso; pero la esposa de Wang se arrojó a sus pies, y con grandes gemidos le imploró su ayuda. Permaneció absorto en meditación durante algún tiempo, luego contestó:

“Mi poder no alcanza a lo que me pides. Yo no puedo resucitar a los muertos; pero te

indicaré quién puede hacerlo, y si se lo pides de la forma adecuada, te atenderá.” La esposa de Wang le preguntó quién era, y contestó: “Hay un loco en la ciudad que pasa el tiempo revolcándose en la inmundicia. Ve, arrodíllate ante él y suplícale que te ayude. Si te insulta, no des muestras de enfado.” El hermano de Wang conocía a la persona a la que aludía el sacerdote; así que se despidió, y partió con su cuñada.

Encontraron al pobre infeliz delirando en la calle, tan sucio que a duras penas pudieron acercarse. La mujer de Wang iba de rodillas; el loco le lanzó una mirada lasciva y gritó: “¿Me amas, mi preciosa?” La mujer de Wang le dijo el motivo que la había llevado allí; pero él se reía, diciendo: “Puedes tener muchos otros maridos. ¿Por qué resucitar al muerto?” La mujer de Wang le suplicaba que la ayudara; y él dijo: “Es muy raro, la gente me pide que resucite a sus muertos como si yo fuera el rey del mundo de ultratumba.” Y le dio un bastonazo a la mujer de Wang que ella soportó sin un lamento, ante una multitud de espectadores que gradualmente iba en aumento. Después el loco sacó una píldora nauseabunda y le dijo que la tragara. La mujer perdió la entereza y fue incapaz de hacerlo. Pero al fin la tragó; entonces el maníaco gritó: “¡Cómo me amas!”, se alzó y se fue sin hacerle más caso. Le siguieron al interior de un templo, suplicándole a grandes voces, pero había desaparecido, y todos los esfuerzos que hicieron por encontrarle fueron infructuosos. Aturdida por la ira y la vergüenza, la esposa de Wang se fue a casa, donde lloró amargamente sobre su esposo muerto, arrepintiéndose mucho de lo que había hecho y deseando morir. Pero consideró que debía preparar el cadáver, pues ninguno de sus criados osaba acercarse; y se enfrascó en la operación de cerrar la terrible herida que le había ocasionado la muerte.

Mientras estaba haciendo esto, interrumpida de cuando en cuando por los sollozos, notó un bulto en la garganta, que poco a poco salió con un chasquido y cayó en la herida del hombre muerto. Al mirarlo detenidamente, vio que era un corazón humano; que empezó a latir despidiendo un vapor cálido, como humo. Excitadísima, la mujer colocó inmediatamente la carne sobre el corazón y unió los dos lados de la herida con toda su fuerza. Sin embargo, pronto se sintió cansada; pero notando que el vapor se escapaba por las grietas, rasgó un trozo de seda y lo sujetó alrededor, al tiempo que intentaba reactivar la circulación friccionando el cuerpo y cubriéndolo con mantas. Por la noche retiró las cubiertas y descubrió que la respiración fluía por la nariz; y a la mañana siguiente su marido estaba vivo de nuevo, aunque con la cabeza confusa como si despertara de un sueño, y con dolor en el corazón. Donde había sido herido había una cicatriz tan grande como una moneda, que poco después desapareció.

El juez Lu

En Ling-yang vivía un hombre llamado Chu Erhtan, cuyo nombre literario era Hsiao-ming^[16]. Era un hombre muy valiente, pero un zopenco insigne, aunque hacía todo lo posible por aprender. Un día estaba bebiendo vino con un grupo de compañeros de estudios, cuando uno de ellos le dijo en broma: “La gente te considera muy valiente. Si vas en plena noche a la Cámara de los Horrores y traes al Juez Infernal del pórtico de la izquierda, todos nosotros te ofreceremos una cena.” Porque en Ling-yang había una reproducción de los diez tribunales del purgatorio, con los dioses y los demonios esculpidos en madera que parecían casi vivos; y en el vestíbulo oriental había una imagen de tamaño natural del Juez, con la cara verde y la barba roja, y una expresión horrible en sus facciones. Algunas veces durante la noche, provenientes de ambos porches, se oían ruidos y rumores de interrogatorios en los que el látigo era utilizado, y a todos los que se acercaban el miedo les ponía el pelo de punta; así que los jóvenes pensaron que esta sería una prueba definitiva para comprobar el valor del señor Chu. Chu sonrió, y levantándose fue directo al templo; no habían pasado muchos minutos cuando le oyeron gritar en el exterior: “¡Su Excelencia ha llegado!” Se levantaron todos, y entró Chu con la estatua cargada sobre la espalda y la depositó sobre la mesa; después bebió tres veces en su honor. Sus camaradas, que observaban lo que hacía se sentían muy incómodos y no querían volver a sentarse; y le suplicaron que devolviera al Juez a su sitio. Pero él derramó un poco de vino sobre el suelo, invocando a la estatua con estas palabras: “No soy sino un tonto temerario y un ignorante: y ruego a Su Excelencia que me excuse. Mi casa no está lejos, y cuando Su Excelencia lo desee, me sentiré muy honrado de tomar una copa de vino en su compañía.” Después devolvió al Juez a su sitio, y al día siguiente sus amigos le ofrecieron la cena prometida, de la cual volvió a casa por la noche medio achispado. Pero considerando que no había bebido suficiente, encendió la lámpara y se sirvió otra copa de vino. De pronto la cortina de bambú fue descorrida y entró el juez. El señor Chu se levantó y dijo: “¡Dios mío! Su Excelencia ha venido a cortarme la cabeza por mi insolencia de la noche pasada.” El Juez se acarició la barba y, sonriendo, contestó: “Nada de eso. Usted me invitó amablemente a visitarle; y como esta noche estoy libre, he venido.” Chu se sintió muy complacido, e hizo sentar a su huésped mientras él brillantaba las copas y encendía el fuego. “Hace calor,” dijo el Juez, “bebamos el vino frío.” Chu obedeció, puso la botella sobre la mesa y salió para decir al doméstico que preparara algo de comer. Su mujer se asustó mucho cuando supo quién estaba en la casa, y le suplicó que no volviera a la habitación; pero Chu esperó hasta que las viandas estuvieron preparadas, y entró con ellas. Bebieron uno de la copa del otro, y después Chu preguntó el nombre de su invitado. “Mi nombre es Lu”, respondió el Juez; “no tengo otros nombres”. Luego se pusieron a hablar de temas literarios, el uno completando las citas del otro

como el eco responde al sonido. El Juez preguntó a Chu si entendía de poesía; y éste contestó que simplemente podía distinguir la buena de la mala; entonces el Juez recitó un breve poema infernal, que no era muy diferente de los de los mortales. El Juez era un gran bebedor y se tomó diez copas de un trago. Pero Chu, que no había hecho otra cosa que beber en todo el día, pronto estuvo muy borracho y se quedó profundamente dormido, con la cabeza sobre la mesa. Cuando despertó, la vela se había consumido y empezaba a clarear el día; su invitado ya se había marchado. A partir de aquella noche el Juez adoptó la costumbre de visitarle con frecuencia, hasta que se hicieron íntimos amigos. Algunas veces el Juez pasaba la noche en la casa, y Chu le mostraba sus trabajos literarios, que el otro tachaba y borraba como si no tuvieran ningún valor.

Una noche Chu se emborrachó y se fue a la cama, dejando que el Juez bebiera solo. En su sueño de borracho le pareció sentir un dolor en el estómago, y al despertarse vio que el Juez, de pie al lado de la cama, le había abierto y estaba modificando su interior con mucho cuidado. “¿Qué daño te he hecho?”, exclamó Chu, “¿Por qué quieres destruirme?” “No tengas miedo”, contestó el Juez riendo, “sólo estoy proporcionándote un corazón más inteligente.” Y con mucho cuidado puso la víscera en su sitio y cerró la abertura, protegiéndola con un vendaje apretado en torno al pecho. No había sangre sobre el lecho, y todo lo que sentía Chu era un ligero adormecimiento en su interior. Al ver que el Juez colocaba un trozo de carne sobre la mesa, le preguntó qué era. “Tu corazón”, contestó, “que no era indicado para la composición poética porque el orificio apropiado estaba obstruido. Ahora te he proporcionado uno mejor que conseguí en el Hades, y guardo el tuyo para colocarlo en su lugar.” Dicho esto, abrió la puerta y se fue. Por la mañana Chu se quitó el vendaje y se miró el pecho, donde la herida estaba casi curada, quedando sólo una señal roja. Desde aquel momento se convirtió en un estudiante apto, y descubrió que su memoria había mejorado; tanto que, unos días después, mostró al Juez un ensayo por el que fue muy elogiado. “Sin embargo”, dijo éste, “tu éxito estará limitado al grado de licenciado. No irás más allá.” “¿Cuándo lo obtendré?”, preguntó Chu. “Este año”, contestó el Juez; y se marchó. Chu fue el primero en los exámenes finales, y estuvo entre los cinco primeros en los de licenciatura. Sus antiguos camaradas, acostumbrados a reírse de él, estaban perplejos al ver que se había convertido en un flamante licenciado, y cuando supieron cómo había sido posible, suplicaron a Chu que intercediera por ellos ante el Juez. Éste prometió ayudarles, y todos se prepararon para recibirle; pero, cuando por la tarde llegó, se asustaron tanto de su barba roja y de sus ojos centelleantes que los dientes les castañetearon, y uno a uno se fueron yendo. Así que Chu llevó al Juez a su casa para tomar una copa, y cuando el vino ya se le había subido a la cabeza, dijo:

“Estoy profundamente agradecido a Su Excelencia por su amabilidad al arreglar mi interior, pero hay otro favor que me atrevo a solicitarle y que quizá me sea concedido.” El Juez le preguntó qué era; y Chu respondió: “Si usted puede cambiar el

interior de una persona, seguro que también le puede cambiar la cara. Mi esposa no tiene mal tipo, pero es muy fea. Le ruego a Su Excelencia que pruebe el cuchillo con ella.” El Juez se rió y dijo que lo haría pero que necesitaba tiempo. Algunos días después llamó a la puerta de Chu alrededor de la media noche; éste se levantó y le abrió. Al encender una luz fue evidente que el Juez tenía algo debajo del abrigo, y en respuesta a las preguntas de Chu dijo: “Es lo que me pediste. Me ha costado mucho conseguirlo.” Y sacó la cabeza de una joven muy bien parecida y se la mostró a Chu, que notó que la sangre del cuello aún estaba caliente. “Debemos damos prisa”, dijo el Juez, “y tener cuidado de no despertar a las aves domésticas ni a los perros.” Chu temía que la puerta de su mujer estuviera cerrada con llave, pero el Juez apoyó la mano y la puerta se abrió inmediatamente. Chu le guió a la cama de su mujer que dormía recostada sobre un lado; y el Juez, dándole a Chu la cabeza para que la sujetara, sacó de su bota una hoja de acero forjada como un mango de cuchara. La deslizó sobre el cuello de la mujer, cortándolo como si fuera un melón, y la cabeza cayó detrás de la almohada. Cogió la cabeza que había llevado y la colocó con cuidado y precisión, presionándola para que se pegara; y sostuvo a la mujer con almohadas colocadas a cada lado.

Cuando todo hubo terminado, ordenó a Chu que se deshiciera de la antigua cabeza de su mujer, y luego se marchó. Poco después se despertó la señora Chu y notó una curiosa sensación alrededor del cuello y aspereza en las mandíbulas. Se llevó la mano a la cara y encontró partículas de sangre seca; muy asustada llamó a la sirvienta para que le trajera agua con que lavarse. La sirvienta también se asustó mucho con el aspecto de su cara, y empezó a limpiarle la sangre, que enrojeció toda una vasija de agua. Cuando vio la nueva cara de su señora, casi no se muere de miedo. La señora Chu cogió un espejo para verse, y se estaba mirando, totalmente asombrada, cuando entró su marido y le explicó lo que había ocurrido. Al examinarla más atentamente, Chu comprobó que tenía una cara agradable de rasgos hermosos; una belleza de tipo medio. Y cuando examinó el cuello, vio una cicatriz rosada en torno al mismo; la parte superior e inferior de la cicatriz eran de distinto color.

La hija de un oficial llamado Wu era una chica muy bien parecida, y aunque tenía diecinueve años, aún no se había casado, dado que dos caballeros que habían estado prometidos con ella habían muerto el día anterior a los esponsales. En la fiesta de las linternas, sucedió que esta joven dama visitó la Cámara de los Horrores; y desde allí la siguió un salteador, que aquella noche entró en la casa y la asesinó. Al oír ruido, la madre ordenó al sirviente que fuera a ver qué ocurría; cuando se descubrió el asesinato, toda la familia se levantó. Colocaron el cadáver en la entrada de la casa, con la cabeza al lado, y lloraron y se lamentaron toda la noche. La mañana siguiente, cuando retiraron la cubierta, el cuerpo estaba allí, pero la cabeza había desaparecido. Las doncellas personales de la joven fueron despedidas por haber descuidado sus obligaciones, con la consiguiente pérdida de la cabeza; y el señor Wu dio parte al prefecto. Este funcionario tomó medidas muy enérgicas, pero durante tres días no se

descubrió ninguna pista; mientras tanto la historia de la cabeza cambiada a la mujer de Chu llegó a oídos del señor Wu. Sospechando algo envió a una anciana a indagar; esta reconoció inmediatamente los rasgos de su joven señora, y volvió a referírsele al padre. El señor Wu, incapaz de imaginar por qué había sido abandonado el cuerpo, supuso que Chu había asesinado a su hija con artes mágicas, e inmediatamente se dirigió a la casa de Chu para descubrir la verdad. Pero Chu le dijo que la cabeza de su mujer había sido cambiada mientras dormía y que él no sabía nada del asunto, y añadió que era injusto acusarle de asesinato. El señor Wu no quiso creerle y procedió contra él; pero como todos los sirvientes contaron la misma historia, el prefecto no pudo incriminarle. Chu volvió a casa y consultó al Juez, que le dijo que no había ninguna dificultad: bastaba con que la muchacha asesinada hablara. Aquella noche el señor Wu soñó que su hija le decía: “Fui asesinada por Yang Ta-nien, de Su-ch’i. El señor Chu no tuvo nada que ver en ello; pero como deseaba una cara más bella para su mujer, el Juez Lu le dio la mía; y así mi cuerpo está muerto mientras que mi cabeza aún vive. No le tengas rencor a Chu.” Cuando despertó, Wu se lo dijo a su mujer, que había tenido el mismo sueño; así que pusieron el hecho en conocimiento de los magistrados. Posteriormente, un hombre llamado Yang Ta-nien fue detenido y, sometido a la tortura del látigo, confesó haber cometido el crimen; el señor Wu fue a casa del señor Chu y solicitó ver a su mujer. Y desde aquel momento consideró a Chu como su hijo político. Juntaron la antigua cabeza de la señora Chu con el cuerpo de la joven, y las dos partes fueron enterradas juntas.

Posteriormente a estos hechos, el señor Chu intentó por tres veces consecutivas obtener el doctorado, pero fracasó, y por fin abandonó la idea de dedicarse a la carrera administrativa. Y pasados treinta años una noche se presentó el Juez Lu y le dijo: “Amigo mío, no puedes vivir eternamente. Tu hora llegará dentro de cinco días.” Chu le preguntó al Juez si no podía salvarle, y éste respondió: “Los mandatos del cielo no pueden ser alterados para satisfacer los deseos de los mortales. Además, para un hombre inteligente la vida y la muerte son la misma cosa. ¿Por qué considerar la vida como un bien y la muerte como una desgracia?” Chu no supo qué responder; y sin dilación encargó el féretro y la mortaja. Después se puso el traje mortuario y exhaló el último suspiro. Al día siguiente, cuando su esposa lloraba sobre su ataúd, se presentó en la puerta principal, causándole un gran susto. “Ahora soy un espíritu incorpóreo”, le dijo Chu, “aunque mi aspecto no sea distinto al que tuve en vida; he pensado mucho en la viuda y en el huérfano que he dejado atrás.” Al escuchar estas palabras la mujer lloró hasta que las lágrimas le cubrieron el rostro, mientras Chu hacía lo que podía para consolarla. “He oído hablar”, dijo ella, “de cuerpos muertos que volvieron a la vida; y dado que tu soplo vital no se ha extinguido ¿por qué no vuelve a ocupar la carne?” “Los mandatos del cielo”, replicó el marido, “no pueden ser desobedecidos.” La mujer le preguntó qué hacía en el mundo de ultratumba; y él dijo que el Juez Lu le había conseguido un puesto de registrador que gozaba de cierto prestigio, y que no se encontraba nada mal. La

señora Chu iba a continuar preguntando cuando él la interrumpió, diciendo: “El Juez ha venido conmigo; trae vino y algo de comer.” Luego salió, y su esposa hizo como le había dicho, escuchándoles reír y beber en la habitación de invitados, como en los viejos tiempos. Sobre la media noche entró en la habitación, y descubrió que ambos habían desaparecido; pero volvieron cada dos o tres días, con frecuencia a pasar la noche, y Chu llevaba los negocios familiares como de costumbre. El hijo de Chu se llamaba Wei y tenía cerca de cinco años; siempre que el padre les visitaba sentaba al niño sobre sus rodillas.

Cuando iba a cumplir los ocho años, Chu empezó a enseñarle a leer; el niño era tan inteligente que a la edad de nueve años ya era capaz de componer. A los quince años terminó el bachillerato, sin saber en todo ese tiempo que era huérfano de padre. A partir de aquel momento las visitas de Chu se hicieron menos frecuentes, limitándose a no más de una o dos al mes; hasta que una noche comunicó a su esposa que nunca más se encontrarían. La mujer le preguntó dónde iba, y le dijo que había sido destinado a un puesto lejano, donde el exceso de trabajo y la distancia le impedirían volver a visitarles. La madre y el hijo le abrazaron llorando amargamente; pero él dijo: “No hagáis eso. El chico ya es un hombre y puede encargarse de todos los asuntos familiares. Siempre llega el día en que incluso el mejor amigo debe partir.” Luego, dirigiéndose a su hijo, añadió: “Sé un hombre honesto, y cuida nuestras propiedades. Dentro de diez años nos encontraremos otra vez.” Y dicho esto se fue.

Pasado el tiempo, cuando Wei tenía veintidós años, obtuvo el doctorado y fue nombrado para hacer los sacrificios en las tumbas imperiales.

Cuando se dirigía allí, se encontró con la escolta de un funcionario que avanzaba con todas las insignias^[17], y al mirar atentamente al hombre que ocupaba el carruaje, se asombró al ver que era su propio padre. Bajando del caballo, se postró cubierto en lágrimas a un lado del camino; entonces su padre paró y le dijo: “Se habla bien de ti. Ahora abandono este mundo.” Wei permaneció en el suelo sin osar alzarse; y su padre, dando una orden, partió sin decir más. Pero cuando había avanzado un trecho, se volvió, sacó una espada del cinto y se la envió a su hijo, gritándole: “Llévala y tendrás éxito.” Wei intentó seguirle, pero en un instante, escolta, carruajes y caballos habían desaparecido a la velocidad del viento. El hijo se abandonó al dolor durante largo tiempo; después, cogió la espada y empezó a examinarla cuidadosamente. Era de una factura exquisita, y sobre la hoja estaban grabadas estas palabras: “Sé valiente, pero prudente; audaz, pero cauto.” A partir de ese momento Wei alcanzó altos cargos públicos, y tuvo cinco hijos llamados Ch'en, Ch'ien, Wu, Hun y Shen. Una noche soñó que su padre le decía que entregara la espada a Hun, y así lo hizo. Hun se convirtió en un virrey de gran capacidad administrativa.

El espejo de viento-luna

... En un año las dolencias de Kia Yui se agravaron. La imagen de la inaccesible señora Fénix gastaba sus días; las pesadillas y el insomnio, sus noches.

Una tarde un mendigo taoísta pedía limosna en la calle, proclamando que podía curar las enfermedades del alma. Kia Yui lo hizo llamar. El mendigo le dijo: “Con medicinas no se cura su mal. Tengo un tesoro que lo sanará si sigue mis órdenes.” De su manga sacó un espejo bruñido de ambos lados; el espejo tenía la inscripción: *Precioso Espejo de Viento y Luna*. Agregó: “Este espejo viene del Palacio del Hada del Terrible Despertar y tiene la virtud de curar los males causados por los pensamientos impuros. Pero guárdese de mirar el anverso. Sólo mire el reverso. Mañana volveré a buscar el espejo y a felicitarlo por su mejoría.” Se fue sin aceptar las monedas que le ofrecieron.

Kia Yui tomó el espejo y miró según le había indicado el mendigo. Lo arrojó con espanto: el espejo reflejaba una calavera. Maldijo al mendigo; irritado, quiso ver el anverso. Empuñó el espejo y miró: desde su fondo, la señora Fénix, espléndidamente vestida, le hacía señas. Kia Yui se sintió arrebatado por el espejo y atravesó el metal y cumplió el acto de amor. Después, Fénix lo acompañó hasta la salida. Cuando Kia Yui se despertó, el espejo estaba al revés y le mostraba, de nuevo, la calavera. Agotado por la delicia del lado falaz del espejo, Kia Yui no resistió, sin embargo, a la tentación de mirarlo una vez más. De nuevo Fénix le hizo señas, de nuevo penetró en el espejo y satisficieron su amor. Esto ocurrió unas cuantas veces. La última, dos hombres lo apresaron al salir y lo encadenaron. “Los seguiré”, murmuró, “pero déjenme llevar el espejo”. Fueron sus últimas palabras. Lo hallaron muerto, sobre la sábana manchada.

Sueño de Pao-Yu

Pao-Yu soñó que estaba en un jardín idéntico al de su casa. «¿Será posible» —dijo— «que haya un jardín idéntico al mío?» Se le acercaron unas doncellas. Pao-Yu se dijo atónito: ¿Alguien tendrá doncellas iguales a Hsi-Yen, a Pin-Erh y a todas las de casa? Una de las doncellas exclamó: “Ahí está Pao-Yu. ¿Cómo habrá llegado hasta aquí?”. Pao-Yu pensó que lo habían reconocido. Se adelantó y les dijo: “Estaba caminando; por casualidad llegué hasta aquí. Caminemos un poco.” Las doncellas se rieron. “¡Qué desatino! Te confundimos con Pao-Yu, nuestro amo, pero no eres tan gallardo como él.” Eran doncellas de otro Pao-Yu. “Queridas hermanas —les dijo— yo soy Pao-Yu. ¿Quién es vuestro amo?” “Es Pao-Yu”, contestaron. “Sus padres le dieron ese nombre, que está compuesto de los caracteres Pao (precioso) y Yu (jade), para que su vida fuera larga y feliz. ¿Quién eres tú para usurpar ese nombre?” Se fueron riéndose. Pao-Yu quedó abatido. “Nunca me han tratado tan mal. ¿Por qué me aborrecerán estas doncellas? ¿Habrá, de veras, otro Pao-Yu? Tengo que averiguarlo.” Trabajado por estos pensamientos, llegó a un patio que le pareció extrañamente familiar. Subió la escalera y entró en su cuarto. Vio a un joven acostado; al lado de la cama reían y hacían labores unas muchachas. El joven suspiraba. Una de las doncellas le dijo: “¿Qué sueñas, Pao-Yu? ¿Estás afligido?” “Tuve un sueño muy raro. Soñé que estaba en un jardín y que ustedes no me reconocieron y me dejaron solo. Las seguí hasta la casa y me encontré con otro Pao-Yu durmiendo en mi cama.” Al oír este diálogo Pao-Yu no pudo contenerse y exclamó: “Vine en busca de un Pao-Yu; eres tú.” El joven se levantó y lo abrazó, gritando: “No era un sueño, tú eres Pao-Yu.” Una voz llamó desde el jardín: “¡Pao-Yu!” Los dos Pao-Yu temblaron. El soñado se fue; el otro le decía: “¡Vuelve pronto, Pao-Yu!” Pao-Yu se despertó. Su doncella Hsi-Yen le preguntó: “¿Qué sueñas Pao-Yu, estás afligido?” “Tuve un sueño muy raro. Soñé que estaba en un jardín y que ustedes no me reconocieron...”



PU SONGLING. (5 de junio de 1640 - 25 de febrero de 1715) Nació en Zibo, en la provincia china de Shandong, en el seno de una familia de funcionarios y letrados. Es uno de los escritores más conocidos de la dinastía Qin. Trabajó durante un tiempo en la administración, en Jiangsu, pero nunca logró aprobar los exámenes imperiales que le hubieran llevado a la estabilidad del funcionariado. Durante muchos años vivió en precario, con excepción de periodos en que trabajó como secretario de algún personaje acaudalado. De entre toda su obra, la más destacable es Cuentos de Liao Zhai, la cual empezó a escribir cuando tenía veinte años y le ocupó gran parte de su vida.

Notas

[1] En esta traducción se utilizan los equivalentes españoles de Bachiller, Licenciado y Doctor. En China existían cinco grados: Alumno, Licenciado, Graduado Provincial, Letrado Selecto y Letrado de Palacio. <<

[2] Los príncipes Ming y sus partidarios resistieron a la dinastía Ch'ing (manchú, 1644-1912) no sólo en el continente, sino en la isla de Taiwán. Hasta 1683 no fue aplastada en la isla la insurrección de Cheng Ch'eng-Kung y la del otro lado del estrecho, en Fu-Kien. En 1674 hubo una rebelión de tres altos oficiales chinos que duró hasta 1681. <<

[3] El mundo de ultratumba se considera un duplicado de la tierra, pero sin luz. En este cuento, al igual que en *Sueño de lobos*, se hace una crítica feroz de la corrupta sociedad de la época. <<

[4] Los chinos creen que el corazón es el asiento de las emociones y del entendimiento. Se cree que el corazón está atravesado por un cierto número de «ojos» que lo perforan; cuando el hombre está física y mentalmente sano estos conductos están despejados. En el cuento *El juez Lu* hay un excelente ejemplo de esto. <<

[5] El culto a los antepasados, conservado hasta el presente, es de gran importancia; parte de esta creencia tradicional es el deber de los hijos de proporcionar todo lo necesario a sus padres antes y después de la muerte, porque se supone que los muertos tienen las mismas necesidades que los vivos. La conducta de los vivos afecta al bienestar de los muertos, y los actos de estos últimos en el mundo de ultratumba continúan ayudando o perjudicando a los vivos. El culto a los mayores es una de las piedras angulares de la doctrina de Confucio. En estos cuentos hay abundantes ejemplos de esto. Dice Confucio: «Mientras viven, hay que servir a los padres con corrección, con corrección hay que enterrarlos cuando mueren, y con la misma corrección hay que celebrar los sacrificios en su memoria.» Confucio, *Analectas*. Libro II Wéi Zhéng, V-3. <<

[6] Se refiere al hombre superior —Chün-Tzu o Junzì—, según la doctrina de Confucio. Indica una superioridad moral que no tiene relación con el origen social de la persona. Un hombre de bajo nacimiento, si fuera realmente virtuoso, debería poder alcanzar los puestos de mayor importancia y responsabilidad. El hombre superior será educado y justo, poseerá la virtud como algo imbricado en su naturaleza y permanecerá siempre en el Justo Medio. Esta idea del Justo Medio indica la necesidad de moderación en todo, hasta en lo bueno. No es la primera vez que encontraremos en estos cuentos que ideas y creencias de una doctrina son aceptadas por adeptos de otra. Es una característica de la sociedad china, donde todos tienden a aceptar algo de alguna o todas las doctrinas, pero no se adhieren exclusivamente a ninguna. Dice Mencio: «La naturaleza del hombre superior está compuesta de benevolencia, rectitud, corrección y sabiduría; virtudes que están enraizadas en su corazón.» Libro VII, Jìn Xin, XX-4. También dice: «La naturaleza del hombre superior no aumenta aunque el radio de acción del mismo sea grande, ni se empequeñece aunque viva en la pobreza.» Libro VII, Jìn Xin, XX-3. <<

[7] Las referencias a la bebida son abundantes a todo lo largo de la literatura china, lo que habla bien a las claras del arraigo de la misma. Pero H. A. Giles dice al respecto: «Pero ¿quién ha visto... a un borracho tambaleándose en una atestada vía pública o tumbado, con la cabeza en una zanja, al lado de la carretera?... Los chinos distinguen entre cinco clases de borrachera, según la constitución física de cada uno. 1) El vino puede pasar al corazón y producir emociones sensibleras; 2) al hígado, e incitar a la pugnacidad, 3) al estómago y causar somnolencia, acompañada de rubor; 4) a los pulmones e inducir a la hilaridad; 5) a los riñones y excitar el deseo.» <<

[8] Por literatos se entiende todos aquellos eruditos sin empleo. Esto incluye: 1) Aquellos que esperan iniciar una carrera en la administración. 2) Los que han pasado uno o más grados y se preparan para el siguiente. 3) Aquellos que han fracasado en los exámenes y se ganan la vida dando clases, 4). Los auténticos eruditos que no sienten interés por los asuntos públicos. <<

[9] Esto es inusual; a menos que concurran circunstancias especiales está muy mal visto que una viuda se case. Detalles como éste se encuentran muchos en P'u Sung Ling, así en *Una esposa sobrenatural*, donde la pareja convive como matrimonio sin haberse casado y la esposa acompaña al marido a las cenas, algo también insólito, ya que las mujeres cenaban separadas de los hombres, tanto en las fiestas privadas como en las oficiales. E. M. Forster ha hablado de «personajes planos y personajes redondos», podemos decir que en P'u Sung Ling los personajes son «redondos» por la cantidad de información que da sobre ellos y la riqueza de detalles psicológicos, de la que hay abundantes ejemplos en estos cuentos. <<

[10] Todos los cuentos de P'u Sung Ling llevan un comentario final. Como la traducción de Giles, a partir de la cual ha sido hecha esta, es en realidad una versión de los cuentos, en esta selección éste es el único que contiene el comentario. La traductora desea aprovechar esta nota para comentar que el Liao-Chai se adscribe a la tradición proveniente de la dinastía Song, o la primera etapa Yuan, en donde la literatura china se inclina marcadamente por la narración de historias tomadas de la tradición popular, escuchadas en boca de narradores en mercados y salones de té. Pero en P'u Sung Ling éstas adquieren un marcado tono crítico y satírico. <<

[11] Un conejo o liebre que se cree que se sienta al pie del arbusto de la canela en la luna, royendo las drogas de las que se confecciona el elixir de la inmortalidad. <<

[12] Es casi imposible traducir un poema antitético chino. Baste decir que cada palabra del segundo verso tiene que estar en oposición, en tono y sentido, con la palabra correspondiente del primero. Miao lo hace con éxito, y más aún porque también ha hecho referencia a una historia clásica en la que un tal Wang Tun, estando borracho, marcaba el ritmo con su espada sobre una jarra y quebró la boca. <<

[13] Hemos traducido pares o nones por desconocer el nombre chino del juego. En realidad, se trata del entre nosotros tan popular «juego de los chinos». Tylor lo describe en *Primitive Culture*, vol. 1, pág. 75: «Cada jugador saca una mano, y la suma de todos los dedos mostrados debe ser adivinada, el acertante se anota un tanto; ...». Por un decreto de 1872 este juego fue prohibido en Hong-Kong entre las 11 de la noche y las 6 de la madrugada, debido al ruido que organizaban los participantes.

<<

[14] Teoría de la «sustitución» por la que un espíritu puede volver al mundo de los vivos. En el cuento *La piel pintada* encontramos una interesante variante de esta teoría. <<

[15] Si alguien es decapitado su cuerpo aparecerá sin cabeza en las regiones inferiores. Si la familia de un decapitado tenía bastante dinero, siempre sobornaba al verdugo para que volviera a coserle la cabeza. <<

[16] En China los amigos se llaman unos a otros por el «nombre literario», que generalmente lo pone el maestro al que primeramente se le ha confiado la educación del niño. <<

[17] Gongs, sombrillas rojas, hombres que llevan colgaduras sobre las que están inscritos en grandes letras los títulos del funcionario, un inmenso abanico de madera, etc. <<